HEROES ESPACIO

BRUGUERA

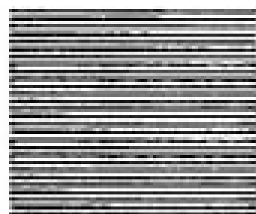
BOLSILIBROS

FUTURO

VENDIERON NUESTRAS VIDAS

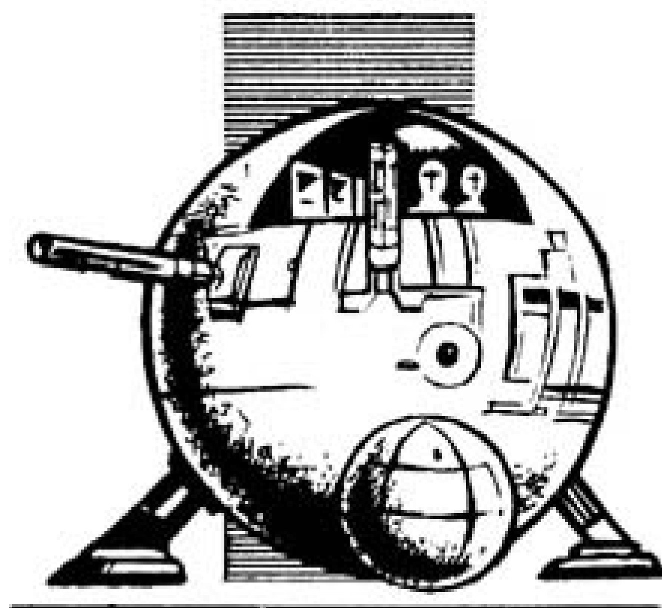


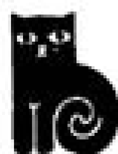
A. THORKENT



héroes del

ESPACIO





A. THORKENT

Vendieron nuestras vidas

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 184
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 32.427-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: noviembre. 1983
1.ª edición en América: mayo, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando empecé a reunir indicios, leves indicios por, supuesto, era un oscuro periodista del *Sun,* que a veces suplía al cronista deportivo y a menudo tenía que cubrir las noticias de la insulsa alta sociedad londinense.

Jess Rhodes trabajaba en una agencia de viajes que tenía sus oficinas principales en Oxford Street, un bonito local con terminales y todo, instaladas lujosamente y dotadas de los últimos adelantos en el campo de la informática.

Un sábado por la tarde, en nuestro pub preferido, Jess llegó muy abatido y tuve que invitarle a un par de cervezas antes de convencerle para que me contase lo que le sucedía.

La aparición de Sharon Seeley, la chica estupenda por la cual nosotros dos éramos rivales cordiales aunque acérrimos, evitó que Jess me contase aquel mismo día el motivo de su ceño fruncido y gesto de abatimiento.

—Hola, chicos —nos saludó Sharon sonriéndonos cordialmente, mirándonos a los dos con idéntico cariño, para que ninguno sintiéramos celo alguno. Ella trabajaba en el Foreign Office y se le notaba cierto barniz diplomático. Conocía nuestros deseos de acostarnos con ella —sin la compañía del otro, claro— y rehuía mostrar su preferencia por uno en particular.

Miré la hora y dije:

—Llegas tarde.

—Lo siento. Había un jaleo enorme en todos los despachos esta mañana.

—¿Quieres decir que habéis trabajado hoy sábado por la mañana? —Silbé todo sorprendido.

—Sí, demonios. Ayer nos pidieron, quiero decir nos ordenaron, que debíamos acudir todas las secciones.

—¿Se van a convocar elecciones anticipadas?

—Oh, no. Dudo que caiga esa breva. La Dama de Hierro se fue, volvió y ahora parece bien pegada a la poltrona. No me preguntéis de qué se trataba porque no lo sé.

—Entiendo —sonreí—. Alto secreto.

—No seas tonto, cariño. La verdad es vulgar. No sé nada.

Al oír a Sharon llamarme cariño, Jess pareció despertar un poco y me miró con la mala cara.

—¿Y la chica? —preguntó Jess.

—¿Qué chica? —inquirió Sharon.

—La que debiste traer aquí para Abe —dijo señalándome.

—Sharon me acompañará a mí, bocazas —dije—. ¿Por qué no seguiste en el limbo?

Expliqué a Sharon que Jess había aparecido en el pub con cara de enterrador y que a ella no le convenía aquella tarde la compañía de semejante tipo.

Me molestó mucho que Sharon tomase una mano de Jess y le preguntase mirándolo a los ojos:

—¿Qué te ha ocurrido?

Jess se encogió de hombros, pero no retiró la mano, sino que el muy tunante empezó a acariciarle los dedos a Sharon y ella se retiró suavemente, pero con decisión.

—Sí, vamos. Explícate —dije—. Ibas a hacerlo cuando llegó Sharon.

—¿Por qué no pedimos algo para beber mientras tanto? —propuso Sharon.

Nos trajeron tres jarras de cerveza. Era la cuarta pinta de aquella tarde, pensé mientras humedecía mis labios en el tibio líquido. Los aparté con restos de espuma que limpié con la punta de la lengua, mientras miraba sugerente a Sharon. Pero ella no se dio por aludida y apremió a Jess para que nos contase sus cuitas.

—Es por culpa del trabajo, chicos —dijo Jess agitando la cabeza, como queriendo apartar de su mente tristes pensamientos que le atormentaban—. Ayer el jefe me echó una bronca, inmerecida. Casi pierdo el control de mis nervios y... No sé, pensé seriamente en presentar mi dimisión.

No pude evitar sentir curiosidad por el problema laboral de Jess y presté atención.

—Estamos en marzo, ¿no? —Antes de que pudiéramos decirle que tenía razón, siguió diciendo, con voz bastante alterada—. Pues es incomprensible que el dichoso programador, esa fría pantalla loca, me rechazase todas las peticiones de reserva para Italia, España, Grecia y Francia para dentro de una semana. ¿Por qué? Sin embargo, aunque parezca de locura, no había ningún problema para los demás

anteriores.

Crucé una mirada de incomprensión con Sharon. En silencio intenté decirle a la chica que el motivo dado por Jess no me parecía tan extraño. Pero callé y esperé a que él siguiera, con la esperanza de que nos contase algo más interesante.

—Mirad, yo tenía un compromiso con unos amigos para programarles un viaje por el Caribe, Estados Unidos y Canadá. ¿Qué ocurrió? —Nos encogimos de hombros. ¿Cómo íbamos a saberlo?—. Pues que todo fue bien hasta las Bahamas, pero todo me fue desbaratado cuando solicité los vuelos para Rolando. Eso está en Florida, os advierto.

—¿Tú crees que soy un ignorante? —pregunté ofendido—. Vamos, Jess, acaba de una vez y, si lo deseas, vete a tu casa a descansar.

—¿Y dejarte con Sharon? Ni lo sueñes. Quedé fatal con esos amigos, me dijeron que la agencia de viajes donde trabajo es una mierda y se marcharon, asegurándome que irían a otra. ¿Comprendéis por qué me enfurecí y cuando me rechazó la terminal los viajes por el Mediterráneo le dije al jefe que así no se podía trabajar?

—¿Qué te contestó él?

—Míster Morris, que así se llama ese sapo con corbata de pajarita, me respondió que no podía tener razón yo y él mismo se puso a manipular la terminal. Claro, como no consiguió nada mejor que mis resultados, me gritó que yo debía haber estropeado algo.

—¿Eso es posible?

—¡Nada! Otros compañeros lo intentaron y la respuesta era la misma. Todo está completo para dentro de una semana en cuanto a vuelos y excursiones a Europa y ocupado totalmente hasta el más pequeño avión con dirección a América del Norte.

Acabé mi cerveza, los miré por encima de la jarra vacía y dije:

—Dejemos ahora nuestros respectivos trabajos. ¿Qué os parece el Ganso Rojo para menear el cuerpo? Allí sigue esa agrupación tan buena que...

No seguí. La seriedad de Jess parecía contagiosa. Ahora era Sharon la que se mostraba como ausente.

—¿Lo ves? —recriminé a Jess—. Nos estás estropeando la tarde.

Sharon alzó la cabeza y nos pidió calma, no dejándome

continuar.

—Un momento —dijo Sharon entornando los ojos—. En el Foreign Office había cierto nerviosismo. Se hablaba en voz baja y los jefazos llamaban continuamente al ministro del Interior. Además, por allí haría un montón de generales, de almirantes, que entraran y salían, y a todas partes iban con las caras más pálidas que de costumbre.

Me tocó a mí hacer memoria. Intenté repasar los teletipos recibidos durante las últimas horas en el periódico. En ninguno de ellos, al menos que yo recordase, decía algo respecto a una nueva crisis mundial.

Por el contrario, sorprendentemente, las dos potencias más poderosas de la Tierra parecían sostener desde hacía algunas semanas una extraña luna de miel, con visitas cordiales de sus más altos dirigentes, devolviéndose elogios mutuos.

Claro que semejantes carantoñas podían dar paso a sartas de insultos y amenazas más o menos veladas, iniciándose otro ciclo de tirantez aguda.

—No creo que ocurra nada —dije—. Si se temiese una crisis de gobierno la primer ministro no se habría largado con su marido a Washington.

Ella me miró suspicaz.

—La familia real tiene proyectado viajar al Canadá mañana.

Me quedé tieso y bizqueé.

—Imposible. Yo lo sabría. A la redacción no ha llegado esa noticia.

—No se hará público —dijo ella despacio. Miró por encima del hombro, asegurándose de que nadie la había escuchado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me enteré de casualidad, un rumor que se filtró por una puerta. Al otro lado había una reunión de secretarios, todos muy importantes.

—No está bien escuchar tras las puertas.

Mi broma no agradó a Sharon. Muy seria, respondió:

—Pasaba por allí y justo en aquel momento uno de los secretarios elevó la voz. Perdió su flema.

Decidimos dejar el pub y acabamos la noche en una discoteca bastante aburrida, nada de visitar el Ganso Rojo. Sólo bailamos

cuatro piezas. No teníamos muchas ganas de divertirnos. Aunque ninguno lo expresaba en voz alta, creo que cada uno no dejaba de pensar en algo que, evidentemente, le preocupaba.

Por mi parte no podía olvidarme de una nota extraña que escupió un teletipo y el redactor jefe se apresuró a arrancar y llevar el trozo de papel al director. Pero yo pude ver el principio de la información.

Nos encontrábamos sentados alrededor de una mesa y nuestros vasos apenas habían sido tocados. Dije de pronto:

—Decía: El catorce a las catorce.

En aquel momento las luces de la pista de baile giraron hacia las caras de mis amigos y pude verles el rostro de ambos, muy sorprendidos. Me miraron y Jess inquirió:

—¿Qué has dicho?

—Estaba pensando. Recordando, mejor dicho. ¿Por qué se puso tan nervioso el redactor jefe cuando leyó esas líneas que empezaban diciendo el catorce a las catorce?

—Sería el crucigrama para el suplemento dominical.

—Ya estaba impreso.

—Hoy estamos a ocho de marzo.

—Lo sé, lo sé. ¿Sabéis? Hace dos días, cuando entré en el despacho del director para recabar una información vi sobre la mesa dos pasajes. Distraídamente los miré. Eran para él y… Dos pasajes para Ontario para el día doce, vuelo directo.

—Querrá disfrutar de una segunda luna de miel.

—Es soltero. También es soltero el redactor jefe. El segundo pasaje estaba a su nombre.

Jess sonrió pícaramente.

—Eso es más vulgar que irse a pasarlo bien con una secretaria.

—Déjate de bobadas. ¿No dijiste en el pub que era imposible conseguir un vuelo para América del Norte?

—Sí.

—Pues la fecha de emisión era de sólo el día anterior a cuando descubrí los pasajes.

—¿Qué agencia los suministró?

—No tenían sello de ninguna agencia.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Ojalá lo supiera. Es que estoy sumando dos y dos.

—¿Y qué?

—Lo peor es que me sale sólo tres —resoplé.

La velada terminó pésimamente. Llevamos a Sharon a su apartamento y luego Jess y yo tomamos el metro y cada cual se refugió en su casa.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Creo que conseguí quedarme dormido muy de madrugada y me levanté tarde.

Intenté llamar por teléfono a Sharon. No me contestó. Claro que era más del mediodía. Lo peor es que no había quedado con ella para nada. Quizá el muy ladino de Jess sí lo había hecho cuando yo fui al lavabo.

Nervioso, temiendo haber sido engañado, llamé a Jess.

Cuando su voz cansada salió del teléfono, colgué algo más aliviado. Al menos no estaba con Sharon, ni yo creía que estuviera en todo el día.

Me vestí después de darme una ducha y afeitarme precipitadamente y salí a la calle.

Un taxi me llevó hasta la casa de Sharon. Una vez allí me quedé dudando en la acera de enfrente. Después de pasear un rato, sin decidirme a entrar, iba a marcharme cuando vi aparecer a Sharon. Caminaba muy de prisa y en seguida desapareció por el portal.

Su nombre quedó en mi garganta. El hombre con gabardina azul que apareció súbitamente me impidió llamarla

Me quedé quieto, apoyado contra una farola. Es que el tipo de la gabardina tenía una pinta horrible a policía. Después de mirar a una ventana, exactamente una de las del apartamento de Sharon, entró resueltamente en el vestíbulo.

No lo pensé más, crucé la calle y me introduje en el edificio, justo a tiempo para ver al hombre de la gabardina azul llamar el ascensor. Sharon vivía en el tercer piso y opté por subir las escaleras, a toda prisa, deseando llegar antes.

Pero el hombre se me había anticipado y ya estaba llamando a la puerta de Sharon cuando yo, respirando entrecortadamente, alcancé el pasillo, y desde una esquina me quedé observando, hasta que Sharon apareció y el polizonte —¿por qué pensé que lo era?— la empujó con violencia al interior del apartamento.

De dos zancadas salvé la distancia que me separaba de la puerta y en mi precipitación acabé dándome de bruces con ella. El muy bruto, quien fuera, la había cerrado de golpe. Me lastimé la nariz y las

manos.

De nuevo vacilé, cuando ya tenía el dedo a punto de apretar el timbre. Entonces escuché un gritito ahogado, de Sharon por supuesto. Lo primero que pensé fue arrojarme contra la puerta y echarla abajo, pero entonces rocé el picaporte y al notarlo girar decidí que debía entrar de forma más civilizada y menos peligrosa para mi integridad física.

Me encontré con una escena de telefilme. El hombre tenía agarradas las manos de Sharon con una sola de las suyas, mientras que la otra la iba alzando para golpear a mi chica.

Me arrojé sobre él. Debí sorprenderle mucho porque tuve tiempo de darle un par de puñetazos. Escuché que un hueso crujía, la mandíbula del otro. Aunque me dañé no llegué a romperme la mano. Mi contrincante se desplomó sobre la alfombra, a los pies de Sharon.

Ella ahogó un sollozo y se arrojó a mis brazos. Me sentí como el héroe de las películas y la apreté con fuerza sobre mi pecho.

Sin que ella me viera aproveché para frotarme los coloridos nudillos.

Había llegado el momento de formular la pregunta lógica:

—¿Quién es este tipo, cariño?

CAPÍTULO II

Sharon me dijo que no se trataba de ningún policía, sino de algo peor.

—Se llama Carter, creo. Es del servicio de seguridad del Foreign Office —se echó atrás los cabellos, me miró y dijo pálida, con nerviosismo—: Me ha estado siguiendo toda la mañana.

—¿Por qué?

El tipo llamado Carter se movió, lanzó un gemido y Sharon me dijo:

—Debemos marcharnos.

Lo hicimos. En la calle corrimos hasta la próxima estación del metro. Cuando pregunté dónde debíamos bajarnos, ella replicó:

—Es igual, en cualquier estación; donde podamos hablar tranquilos.

—Mi apartamento —sugerí.

Ella asintió y minutos más tarde estábamos en el saloncito de mi casa, un ático acogedor. Tenía whisky y llené dos vasos.

—Ahora explícame qué te ha ocurrido —dije pasándole un brazo por los hombros.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos ayer? —asentí en silencio y Sharon agregó—: Pues no pude dormir en toda la noche pensando, atando cabos.

—¿A qué fue debido?

—Por Dios, Abe. Está pasando algo muy gordo. ¿Entiendes?

—En absoluto.

—Esta mañana, muy temprano, marché al Foreign Office. Necesitaba comprobar algunas cosas.

—No sabía que tú pudieras entrar. Creí que aquello estaba supercontrolado.

—Poseo un papel especial y dije a los guardias que tenía un trabajo especial que hacer, pasar unas cartas que no pude acabar el día anterior. Reconozco que fui una loca. En el vestíbulo estaba el tipo de la gabardina, el que noqueaste en mi apartamento. No le hice caso y tomé el ascensor para subir a mi oficina; pero allí busqué unas llaves y penetré en el despacho del agregado militar. En unos cajones encontré una carpeta, que al principio pensé no contenía nada

importante. En realidad debía estar en la caja fuerte, pero tal vez debido al jaleo que hubo durante toda la semana, alguien se olvidó de guardarla.

—Lo que has hecho es muy peligroso...

—Lo sé. No me recrimines ahora. Ya no hay remedio. Miré el contenido de la carpeta y pude leer algunas líneas, pero las suficientes para estar segura de que nuestro gobierno, junto con el de Estados Unidos y Rusia están maquinando algo terrible, a escala mundial.

—Admito que el Reino Unido y los primos americanos estén confabulados —sonreí—. Pero eso de que también está inmiscuida Rusia... Oh, no. Es demasiado fantástico.

—Debes creerme. Desde hace varias semanas se está produciendo un movimiento de personas, todas con puestos claves en la administración y la nobleza, las altas finanzas y entre los científicos que es para echarse a temblar. Sólo se admiten pasajeros para varios países europeos, africanos o del Pacífico, pero en absoluto para América del Norte, la URSS o algunos puntos más. ¿Por qué?

—Respóndeme tú, encanto.

—No tengo *todas* las respuestas. No dispuse de tiempo para ojear todo el montón de folios de la carpeta. Sentí miedo, la puse en su sitio y bajé. Ni siquiera me di cuenta si el hombre de la gabardina estaba todavía en el vestíbulo. Pero en la calle descubrí que Carter me seguía. Anduve horas por las calles, incluso tomé un taxi para intentar despistarlo. Todo resultó inútil, aunque por un momento, cuando estaba cerca de mi casa, creí que ya no me vigilaba. Entonces fue cuando llamó a mi puerta y quiso sacarme a la fuerza.

—Pero tú te negaste, claro.

—Le respondí que no iría con él sin una orden de detención. Entonces se puso furioso e iba a golpearme cuando tú apareciste.

—¿De qué te acusaba? ¿Te vio mirar lo que no debías?

—¡No! Esos tipos andan por las dependencias de las oficinas, siempre sospechando de todo el mundo. Tal vez me vio subir y luego me siguió, dejándose llevar por una intuición, creyendo que yo había espiado para alguna potencia extranjera.

—En cierto modo has cometido un delito.

—¿Llamas delito enterarme de que nuestro amado gobierno está dispuesto a sacrificarnos a todos los habitantes de las islas?

La miré muy serio. Sharon no era una chica que se dejase llevar por las fantasías. Era sensata y calculadora. Demasiado, diría yo. Y muy chapada a la antigua.

Ella había dicho una noche que todavía no se había acostado con nadie. Jess y yo la escuchamos en silencio respetuoso, y caballerosamente no le dijimos que no la creíamos. Pero Sharon poseía una fuerte personalidad y había que admitirla tal como era. Y a mí me gustaba así. ¿Para qué negarlo?

—Lo que dices es muy duro —dije despacio, mirando mi vaso vacío.

—Abe Shapiro, a ti no te dejarían salir del país si desearas largarte al Canadá siguiendo los pasos de la familia real o de la primer ministro. Te lo juro. En cambio si eligieras Grecia o Italia no te lo impedirían, al menos hasta el día catorce.

—¿Por qué hasta el día catorce?

—Exactamente no lo sé, pero es la fecha elegida para algo. ¿No lo comentó Jess ayer muy enfadado? Puedes comprobarlo mañana. Finge querer comprar un billete de avión para Ottawa o Nueva York. No podrás. ¿Por qué? Sencillamente porque desean que nadie se mueva de su sitio, excepto algunos privilegiados.

—¿Por ejemplo el director y el redactor jefe de mi periódico?

—Sí, por ejemplo. Ellos deben colaborar estrechamente con los planes del gobierno y como recompensa les dejarán salir, salvar sus vidas.

—¿Y qué pasará?

—¿Qué sé yo? ¿Una catástrofe, un terremoto que arrase Europa, África, parte de Asia y Oceanía? Vete a saber, tal vez vayan a caer los asteroides del Cinturón o un cometa pase por encima del Reino Unido o…

—¿Están dispuestos a desencadenar una guerra atómica?

—No rechazo tu sugerencia —dijo Sharon. Se levantó y volvió con la botella, llenando los vasos. El whisky parecía calmarla un poco. Estaba más serena—. En mi trabajo escucho muchas noticias que aparentemente no tienen importancia, pero que con otras forman un conjunto nada tranquilizador. ¿Qué sabes tú de la crisis energética?

—Lo que todos. La política actual del *Sun* es tranquilizar a la opinión pública. Hace una semana publicamos un editorial del

director en el cual auguraba una nueva era de prosperidad, motivada por el descenso del precio de los crudos y la paz que está a punto de firmarse en el golfo Pérsico.

—Sinceramente, ¿qué opinas al respecto?

Me rasqué la cabeza, encendí un cigarrillo y respondí:

—Escribí un artículo hace un mes y me lo rechazaron. Decía que la estabilización del precio del petróleo sólo podía llevarnos a una inminente escasez y a un alza desmesurada.

—¿Lo ves? No es la línea que desea el gobierno que mantengan los periódicos. Yo estoy de acuerdo con tu criterio, Abe. Incluso me atrevo a afirmar que los pozos están a punto de arrojar los últimos barriles para un mundo poblado con cinco mil millones de seres, de los que sobramos la mayoría si una minoría pretende seguir viviendo en la abundancia.

Bebí un trago porque lo necesitaba. Empezaba a entrar en la idea de Sharon. Y no me gustaba.

—Alguien dijo una vez que si todo el mundo tuviera idéntico ritmo de consumo que los Estados Unidos, las reservas petrolíferas y de minerales no llegarían más allá de diez años.

—Y algunos economistas se alarman por el consumo energético de los países subdesarrollados, soñando con que si éstos no gastaran nada las naciones industrializadas tendrían asegurado su porvenir por algunos siglos más, hasta que en realidad se descubriesen auténticas fuentes de energía barata y abundante, no contaminantes.

—Es decir, tú piensas que para que sobrevivan unos quinientos o seiscientos millones de seres es preciso ahogar en la miseria al resto de la humanidad y…

—Pienso que antes de ahogarla decidirían aniquilarla.

Lo soltó tan tranquila, sin pestañear siquiera, como si el asunto no le concerniera.

—¿Y Rusia? ¿Qué cuenta la URSS en todo esto?

—Sin ella no sería posible llevar a cabo un plan a escala mundial.

—Pero Sharon, ¿qué plan?

—Una de dos, Abe —ella separó dos dedos—. La primera es que han descubierto algo que está a punto de abatirse sobre la Tierra y sólo quieren salvarse los privilegiados.

—¿La otra teoría?

—Que el desastre será provocado por ellos.

Me pasé la mano por la cara, como queriendo alejar de mí los pensamientos tenebrosos que las palabras de Sharon me incrustaban.

Tomé el teléfono y empecé a marcar un número.

—¿A quién llamas? —preguntó Sharon.

—Quiero hablar con Jess. Le pediré algo.

Concretamente pedí a Jess que insistiese sobre la problemática de las reservas para antes del día catorce con destino a los puntos que empezábamos a considerar como privilegiados, y también si era factible lograr alguna plaza de avión para El Cairo, por ejemplo.

Jess, respondiéndome con monosílabos y frases que yo debía interpretar, como si él estuviera siendo escuchado por el encargado de la agencia, me prometió que se ocuparía de todo, concluyendo con un se hará como usted desea, míster Smith.

—Está nervioso —dije mirando a Sharon mientras colgaba el auricular—. Jess se ha mostrado inquieto. Diría que teme esté intervenido su teléfono.

—Debiste decirle que viniera aquí.

—Espero que haya comprendido que es lo que queremos.

—De todas formas, si su mente no se encuentra muy clara, confío que mañana podrá aclararnos algo, si es cierto que desee ir a sitios donde se podrá esperar la llegada del día catorce con absoluta tranquilidad.

Me levanté y me dirigí a la pequeña cocina. Abrí el frigorífico y pregunté a Sharon:

—¿Te apetece un plato con huevos fritos y un par de chuletas? Es todo lo que tengo.

Al volverme vi que ella se mordía los labios.

—No podré volver a mi apartamento ni tampoco a mi trabajo. Estarán esperándome para acusarme de un montón de cosas.

Volví a sentarme frente a ella, le tomé las manos y le sonreí.

—Tranquila. Mañana llama y les dices que te has puesto enferma.

—Creerán que les llamo desde mi casa, lo cual descubrirán en seguida que no es así.

—No importa; que crean lo que les parezca. Ya pensaremos algo. Lo que te digo es que lo harán mañana, antes de las nueve. Serás escueta y no consentirás que la conversación sea extensa, para evitar que puedan controlar la llamada.

—Me siento indefensa —sonrió ella agitando la cabeza—. Quizá

he cometido una tontería.

—Deja que pase el tiempo —dije regresando a la cocina—. ¿Por qué no me echas una mano?

Vino a la cocina. Parecía algo más animada.

—Esta noche dormiré en algún hotel...

—¡Nada de eso! —exclamé—. Creo que no te buscaran porque en realidad no tienen pruebas de nada. Ese tal Carter se pasó de estricto y te siguió, pero sin poder saber lo que habías hecho en el piso de arriba. Tú no tienes la culpa de tener un amigo valiente e impulsivo que lo atacó pensando que se trataba de un atracador o un violador. En el mejor de los casos todo podría aclararse.

—Gracias por intentar tranquilizarme.

—Digo la verdad. Y respecto a dormir en un hotel, olvídalo. Nos quedaremos aquí todo el día y esta noche.

Nos miramos y le dije para tranquilizarla:

—No soy ningún sádico loco y podrás descansar en mi cama. Yo usaré el sofá ese tan amplio. Es cómodo, te lo juro —esbocé una sonrisa cómica, exagerada—. Claro que si por la noche no logras conciliar el sueño pensando en mis encantos, me llamas y yo acudiré presto a dejar que reclines tu cabecita en mi pecho.

Sharon se echó a reír. Mientras yo batía los huevos, porque al final no podíamos tomarlos fritos, pensé que no iba a tener la suerte que me hubiera gustado disfrutar. Y ella acabó de disipar mis lejanas esperanzas cuando dijo:

—Jess debía venir por aquí. Entre los tres sería más fácil concretar lo que nos conviene hacer.

Dejé el tenedor y eché los huevos en la sartén.

—¿Qué nos convendría?

—Si las ratas abandonan el barco hagamos lo mismo que ellas.

—¿Quieres decir que deberíamos irnos del país?

—Sí.

—¿Adónde?

—Exactamente a cualquier lugar donde no quieren que vayamos.

Me encogí de hombros.

—Si Jess no aparece esta tarde por aquí, de lo cual me alegraré, mañana nos aclarará muchas cosas, sobre todo las posibilidades que tendríamos si deseamos buscar refugio cerca de las faldas reales, en Canadá o Estados Unidos.

Después de un breve silencio, ella comentó:

—¿Y si todo no fuera más que teorías descabelladas?

—Ojalá sea así. Me alegraría mucho llamarme estúpido.

—La comida está lista —dijo Sharon echando los huevos revueltos en dos platos. Esperó a que yo concluyera de asar las chuletas.

CAPÍTULO III

Un caballero, como me considero, no debe hablar de ciertas cosas. Por lo tanto no debo mencionar lo que ocurrió aquella noche. Por suerte para mí, Jess Rhodes no apareció en mi ático y yo conseguí poner tierna a Sharon al filo de las doce, mientras contempláramos una película de terror en la televisión, lo que es un mérito. Sí, nos besamos y acariciamos, pero no estoy dispuesto a seguir adelante. Así que cada cual piense lo que le parezca. ¿Un dato más? Pues a la mañana siguiente ella tenía puesto la mitad de mi pijama y sus ojos brillaban deliciosamente. Punto.

A Sharon no le entusiasmaba el café al estilo italiano y tuve que prepararlo al estilo inglés. Yo había heredado de mi abuela, napolitana pura, el gusto por el café fuerte; pero aquella mañana, mirando a mi chica, incluso hubiera bebido té.

Debería omitir que nos duchamos juntos y explicar que Sharon habló con el jefe de su departamento. La oí decir que tenía jaqueca y colgó el teléfono sin más.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

—Que lo lamentaba mucho.

—¿Notaste algo en el tono de voz?

—En absoluto. Ese cuervo no se inmuta con nada. Espero que Carter haya cerrado bien la puerta antes de marcharse —concluyó con un suspiro prolongado.

Miró por la ventana y se quedó un rato observando la calle. Cuando yo salí del dormitorio ella seguía igual y le dije:

—Dudo que estén vigilando esta casa. Ellos no pueden relacionarme contigo.

Me miró con sarcasmo.

—Se ve que tú no los conoces —dijo—. Cada empleado es observado escrupulosamente, bien por los servicios de seguridad del Foreign Office o la Inteligencia británica. A veces se pelean los agentes de una organización con otra. Ven espías por todas partes.

Callé. Conocía superficialmente la manera de actuar de los matones de Su Graciosa Majestad, pero lo bastante como para estar de acuerdo con Sharon. Acabé de anudarme la corbata y tomé la chaqueta.

—¿Dónde piensas ir? —preguntó Sharon, que todavía llevaba como única prenda la camisa de mi pijama, y situada al contraluz de la ventana podía admirar sus formas. Todo un espectáculo reservado para mí.

—Recuerdo que trabajo para el *Sun.* Me daré una vuelta por la redacción. Actualmente no tengo ningún trabajo determinado, pero deseo ver la cara del redactor jefe y, si es posible, la del director. Tal vez descubra algo.

—Jess no ha dado señales de vida desde que ayer hablaste con él.

De lo cual no podía por menos que alegrarme, me dije. ¿Qué pensaría el bueno de Jess cuando se enterase de que al fin Sharon se había decidido por mí? Por el momento no le diría nada. Era ella quien debía hacerlo, ¿no?

—Me pasaré por su agencia de viajes cuando salga periódico.

La besé y me separé de ella haciendo un gran esfuerzo. De buena gana lo habría mandado todo al diablo quedándome allí.

Minutos más tarde deambulaba por la redacción. El ogro del redactor jefe no estaba por ninguna parte, pero me enteré de que el director había estado allí hacía poco y se había largado a toda prisa, después de recibir una llamada telefónica. Mi informador añadió que le parecía un comunicado oficial.

Tenía que escribir unas notas estúpidas, lo hice de cualquier forma y dejé los folios sobre una mesa, largándome precipitadamente antes de que alguien tuviese la mala ocurrencia de ordenarme algún trabajo.

En Oxford Street, ante el escaparate de la agencia de viajes, paseé unos minutos, echando miradas disimuladas al interior. Vi salir a varios presuntos clientes, nada contentas sus expresiones. A uno le escuché decir imprecaciones. Al parecer las cosas no marchaban bien dentro. Jess acabó viéndome y me hizo un gesto para que esperase. Me aparté de la entrada y aguardé fumando un cigarrillo en la esquina.

Al poco tiempo apareció Jess. Caminó de prisa hacia mí, me tomó de un brazo y dijo sin volver la mirada:

—He dicho que quería tomarme un café. Vamos, no tenemos mucho tiempo.

En un *Wimpy's* situado muy cerca nos sentamos en una mesa apartada y pedimos dos cafés. Apenas nos los trajeron, casi en

seguida porque no había nadie como clientes excepto nosotros. Jess me soltó mientras yo notaba su gesto crispado y palidez cadavérica:

—He hecho todo lo que me sugeriste ayer, y algo más. Abe, es como si estuviéramos bloqueados. ¡Es absurdo que en temporada baja sea imposible viajar en las fechas y los lugares que me indicaste! La gente se marcha furiosa, amenazando con irse a otra agencia: aquéllos nos llegan de otra de rebote, en donde les ha pasado igual.

Asentí y le conté lo que charlamos Sharon y yo el domingo. Lógicamente me callé las intimidades. Bastante preocupado estaba ya Jess para que encima yo me explayase en detalles únicamente satisfactorios para mí... y supongo que también para Sharon.

—Si sospechan de Sharon irán tras ella —dijo Jess preocupado, meneando la cabeza—. ¿Dónde está?

Me tomé un instante antes de responder:

—En mi casa.

—¿No tenía otro sitio? —preguntó mirándome torvamente.

—Creo que no. Sabes que no tiene amigas...

—Ya —asintió Jess encogiéndose de hombros. Su expresión era como si se conformase con los hechos consumados. Seguro que ya había pasado por su mente lo peor para él y trataba de hacer un esfuerzo para acostumbrarse a la idea de que al final yo me había llevado a Sharon al huerto.

Encendimos cigarrillos. En el establecimiento seguíamos siendo los únicos parroquianos. Podíamos hablar tranquilamente.

—¿Qué hay de esos pasajes?

—No puedo hacer nada. Absolutamente nada. Los terminales de la agencia, y creo que en todas las del Reino Unido ocurre lo mismo, no admiten reservas para Estados Unidos o Canadá. Alguien los controla.

—¿Todas las compañías aéreas están iguales?

—Sí.

—Es imposible.

— ¿Por qué?

—Sólo algunas zonas del mundo parecen fuera del peligro que se cierne. ¿Qué piensan los restantes gobiernos?

—Tal vez se haya prometido a sus gobernantes la ración si cooperan.

—¡No todos pueden caer en semejante aberración!

—¿No? ¿Qué me dices de nuestro querido montón de líderes? Ellos han escapado o lo harán en los próximos días.

Apuré el resto del café. Unas chicas entraron y se sentaron dos mesas más allá de la nuestra. Debíamos hablar en voz baja.

—No tengo familia —dije.

—Yo tampoco... ni Sharon.

—¿Qué podemos hacer? ¿Informar a la gente?

—Nos tomarían por locos.

—Tal vez ni siquiera se nos permitiría acabar la primera frase —miré hacia la calle con aprensión. El sonriente policía que paseaba por la acera se me antojó diabólico—. Jess, no puedo creer que todo sea verdad. Hace tres días vivíamos tranquilos, sin sospechar que un montón de asesinos se disponía a sacrificarnos.

—Rusia no está en la zona de peligro...

—¡Los poderosos se han aliado, Jess! —exclamé con vehemencia—. Han dicho: hasta aquí llegamos. El mundo para unos pocos; los demás sobran.

—¿Por qué nuestro país, Abe?

—Jamás hemos sido autosuficientes, ¿no? La población de Gran Bretaña sería una carga para quienes quedasen dueños del mundo. Tendría que ser abastecida desde sus recintos salvaguardados, alimentada. Jess, ¿podrías averiguar qué gente importante ha salido del país estos últimos días?

Me miró muy serio. Al cabo de un rato asintió con la cabeza.

—Tal vez tenga tiempo. Cuando cerremos debo quedarme para hacer el balance de la semana pasada. Con todo el jaleo de estos días ha sido imposible.

—¿Sospechas que tu jefe esté involucrado? Quiero decir que si él también tiene reservado el privilegio de largarse.

—No lo creo. Está muy preocupado con todo este jaleo, pero no se atreve a opinar nada. Espero disponer de tiempo suficiente para recabar datos del terminal... si es que desde la central de ordenadores no está bloqueado el banco correspondiente.

Quedamos en vernos a las seis en mi ático. Me quedé quieto en la acera, viéndole caminar hacia la agencia. Yo no tenía la menor duda de que Jess ya había intuido mis relaciones con Sharon. ¿Las aceptaba? Tal vez más adelante, una vez que saliese de su estupor, su acción fuese violenta.

Regresé a mi casa. Sólo me detuve un instante en el supermercado para comprar algunos alimentos. Mientras recorrí las estanterías pensé si no debía hacer acopio de víveres.

Abrí la puerta y llamé a Sharon.

Dejé la bolsa con la comida en el salón y sólo necesité unos cinco segundos para asomarme a todas las habitaciones y convencerme de que Sharon no estaba allí.

Ni siquiera encontré una nota explicándome su ausencia, adónde había ido.

Fumé un cigarrillo detrás de otro para calmar mis nervios. No me aparté de la ventana. Fuera había empezado a llover suavemente. Me estremecí viendo tan vacía la calle. Era como si todo el mundo se hubiera refugiado de pronto, pero no escapando de la lluvia, sino para huir de la tragedia que se cernía sobre el país, como si de pronto todo el mundo supiera lo que iba a ocurrir.

Pasaron las horas y por tres veces estuve tentado de llamar a Jess y contarle lo que pasaba. Eran las cinco y algunos minutos cuando sonó el timbre. Corrí para abrir y casi lancé un grito de alegría al ver a Sharon al otro lado. Detrás de ella había una muchacha a quien no conocía. Ella me la presentó mientras yo la ayudara a quitarse el impermeable mojado.

—Es Peggy O'Hara.

Le estreché la mano. Era una pelirroja bonita, de vivos ojos pardos, muy grandes. La noté nerviosa y cuando se sentó en un sillón descubrí que temblaban sus manos, y descarté que fuera debido al frío traído por la lluvia.

Crucé una mirada con Sharon, preguntándole en silencio por qué estaba Peggy allí.

—Trabajaba en mi departamento —explicó mi chica sentándose junto a la pelirroja—. Esperé a que saliera del Foreign Office, en el parque San James. Recordé que ella lo cruza para tomar el metro. Necesitaba saber qué se decía de mí allí. ¿Entiendes? —Sharon agitó la cabeza—. Peggy me ha asegurado que mi ausencia no ha alarmado a nadie. En cuanto a Carter…

—¿Qué pasa con ese tipo?

—Carter entró esta mañana con cara de pocos amigos —intervino Peggy rebuscando en su bolso. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Todavía le temblaban las manos.

Me senté frente a ellas y dejé que Peggy fumara.

—De todas formas, Carter pudo informar a su superior ayer, apenas se recuperó y salió de mi apartamento —dijo Sharon—. Oh, no me mires así, Abe. No soy una inconsciente. Sé que piensas que no he debido decirle nada a Peggy, con quien no me une una amistad antigua, pero... Ella ya ha descubierto algo también.

Peggy alzó su cabeza con fuego rojo en los cabellos y me miró directamente a los ojos.

—Hace días me enteré que varios empleados habían sido desplazados. Luego averigüé que miembros del departamento de Seguridad habían efectuado algunas detenciones. ¿Por qué? Simplemente porque los detenidos olfatearon algo. Yo también tenía datos, pero me callé. Cuando Sharon me abordó en el parque no pude soportar más y se lo confié todo.

Sharon tomó la palabra.

—Sí, Jess. Peggy sabe lo que va a pasar.

Me eché hacia atrás. La noticia podía ser contundente.

La chica aplastó el cigarrillo en el cenicero y ocultó el rostro con las manos. Sollozó algo y me resigné a esperar, consumiéndome de impaciencia, a que se tranquilizara, a lo que Sharon colaboraba con palabras de aliento que le susurraba al oído.

En aquel momento volvió a sonar el timbre y yo, soltando una maldición, me incorporé para abrir. Tal como había sospechado, era Jess Rhodes, que me miró y pasó ante mí con toda su atención puesta en Peggy, a quien no conocía.

Cerré la puerta y caminé tras mi amigo. Sharon le presentó a Peggy, que se limpió las lágrimas, intentó sonreír y balbució algo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Jess.

—Siéntate y escucha —dije—. Cuando llamaste a Peggy estaba a punto de desvelar el misterio.

—No entiendo...

—Peggy es compañera de Sharon. Ella sabe desde hace unos días lo que va a ocurrir el catorce a las catorce horas.

—¿Es cierto? —le preguntó Jess dejándose caer en el sillón que yo había ocupado momentos antes.

—Sí.

—¿Va a desplomarse la Luna?

—Eso sería... más humano —otra vez se crispó la faz de Peggy y

yo temí que de nuevo sus llantos prolongasen el misterio—. La realidad es ruin.

Otra dichosa pausa y al cabo de ésta, Peggy dijo, sonándome su voz como desde muy lejos, desde el otro lado del Támesis:

—Será una lluvia de bombas de neutrones la que caerá sobre el Reino Unido, sobre casi todo el mundo, lanzada desde los países confabulados...

CAPÍTULO IV

Preparamos comida, pero ninguno tenía apetito y apenas la probamos. En cambio agotamos mi reserva de whisky y fumamos como condenados. En realidad, ¿qué otra cosa éramos sino condenados?

—Estamos obligados a hacer algo —dijo Peggy. Entonces empecé a descubrir la fortaleza que tenía dentro de su cuerpo bonito y que me había engañado, creyéndola frágil por sus suaves llantos.

—¿Salir a la calle y gritar la verdad a los cuatro vientos? —pregunté con sarcasmo.

Un silencio frío siguió a mis palabras. Todos me miraron, como acusándome. ¿De qué? ¿Qué culpa tenía yo? ¿Acaso les molestaba mi escaso entusiasmo?

Volví la cabeza y sólo después de un instante me atreví a observar de reojo a Peggy. De ninguna manera podía dudar de la sinceridad de la chica, pero sí me reservaba el privilegio de suponer que ella estaba equivocada.

Seguía resultándome monstruoso que tres o cuatro gobiernos se hubiesen puesto de acuerdo para enviar al infierno a cuatro mil millones de seres, con el único fin de asegurarse los supervivientes su futuro.

Quería aferrarme a la idea de que Peggy hubiera interpretado mal aquel maldito informe que llegó a tener en sus manos antes de pasarlo a un jefazo del Foreign Office y éste lo cerrase dentro de una enorme caja fuerte, custodiada por dos gorilas de uniforme.

Incluso mi subconsciente me hacía la mala jugada de querer fijar en mi mente un rechazo total a nuestros temores, ahora confirmados. Quería creer que nada era verdad, que todo se limitaba a un cúmulo de conclusiones erróneas, producto de nuestros pensamientos desquiciados, basándonos en pruebas circunstanciales.

Pero si en un principio sólo fue una actitud preocupada, la de Jess a causa de su trabajo, en seguida se unieron los descubrimientos de Sharon, mis hipótesis periodísticas y, rematándolo todo, la aseveración categórica de Peggy.

Pensé que en el país había otras personas, no incluidas en la fuga masiva de privilegiados, que debían estar haciéndose preguntas, y

muchas ya en posesión de las respuestas definitivas. ¿Qué hacía esta gente?

—Pruebas —dijo Jess de pronto.

—Eso debía ser —dije en voz alta. Cuando Sharon me preguntó qué había dicho, expliqué—: Nosotros no podemos ser los únicos listos. Otros deben saberlo. ¿Cómo podríamos contactar con ellos? Tú, Jess, has puesto el dedo en la llaga. Si no queremos quedarnos como pasmarotes esperando el día catorce, es imprescindible que nos hagamos de pruebas lo antes posible y las entreguemos al pueblo, a todas las naciones.

—¿De qué forma? —inquirió Sharon, apresurándose a añadir—: Y no quiero decirte con esto que no esté de acuerdo, sino que me parece escaso el tiempo que nos queda y disponemos de pocas posibilidades de hacer llegar a la gente lo que sabemos.

—Olvidémonos de la BBC, pero no descartemos las emisoras pequeñas —dije—. Son muchos los locutores independientes que se pondrían de nuestra parte. Sólo necesitamos pruebas, y éstas están en los edificios del gobierno.

»Quizá sean muchas las personas que se callan porque no se atreven a hacer públicas sus sospechas. Carecerán de pruebas. Si nosotros las conseguimos podríamos rodearnos de gente capaz. En pocas horas el mundo sabría todo, y no creo que, por ejemplo, los ciudadanos de Canadá y Estados Unidos permanezcan impasibles. No apoyarán a sus dirigentes. ¡Nos creerán!

—Incluso la gente de Rusia no se quedaría quieta —apostó Peggy.

—Tal vez —respondí con poca convicción.

—Se levantarían en todas las ciudades de las zonas libres de las bombas —dijo Peggy.

—Pruebas —insistí—. Necesitamos pruebas. Lo antes posible.

Como si de repente se acordase de algo, Jess sacó unos papeles de su chaqueta y los colocó sobre la mesita, diciendo:

—Ellos también cometen fallos —dijo—. Recabé información de la central de datos sobre los pasajeros que han estado saliendo del Reino Unido estos últimos días y aquí tenéis una lista muy interesante. Alrededor de dos mil nombres, y no están todos. Entre ellos, nobles, científicos, millonarios y amantes de gente poderosa. Además de sus familias se han llevado a sus amiguitas y amiguitos. Toda esta trama viene de muy atrás, amigos.

—Estoy de acuerdo —asentí echando un vistazo a la lista y estremeciéndome de rabia al leer en ella a personajes muy importantes—. Creo que la mayoría ni siquiera sospecha nada. Van a donde les dicen, quizá valiéndose de argumentos lógicos, invitaciones a fiestas o a reuniones de negocios, convenciones científicas. Sigo sin poder admitir que todos agachen la cabeza sabiendo lo que va a ocurrir y no protesten. —Tomé los papeles y los agité—. Esto es ya una pequeña prueba con la que podemos empezar.

—Yo conozco a un locutor de una pequeña emisora de radio. Se llama Basil Lorne. Odia el sistema. Más de una vez tuvo que responder de acusaciones. Se le supone antibritánico por el gobierno conservador. La verdad es que siempre se ha limitado a cantar las verdades del barquero.

Afirmé con la cabeza. El conocido de Peggy podía servir. Le dije que se pusiera en contacto con él inmediatamente. Mientras ella llamaba me acordé de la postura desconfiada que adoptó Jess conmigo cuando le llamé a su casa el domingo.

—Creo que tienen controlado mi teléfono —dijo.

—¿Por qué sospechan? ¿Acaso debido al uso que has estado haciendo del ordenador? —preguntó Sharon.

—Me temo que desde antes —nos miró de soslayo—. Creo que no debo regresar a mi apartamento.

Yo emití un gruñido, suave pero categórico. Tal vez el teléfono de Jess estuviese intervenido, pero me temía que él pretendía otra cosa. En seguida salí de dudas, cuando le oí decir:

—Debemos estar juntos, ¿no? Tu ático no es muy grande, Abe, pero podrías hacerme un hueco, incluso en el suelo dormiría yo.

—Ya lo pensaremos luego —respondí conteniendo a duras penas mi enfado. Jess tenía sospechas y seguro que no quería dejarnos a solas a Sharon y a mí. ¿Cómo podía comportarse como un crío en momentos tan cruciales?

Me atreví a cruzar una mirada con Sharon y ella se encogió levemente de hombros. Bueno, tal vez no era tan infantil Jess. Quizá pretendiese que nosotros fuésemos sinceros con él y le dijésemos la verdad, acabar con los engaños.

Casi estuve a punto de poner las cosas en claro, pero Peggy regresó de hablar por teléfono y nos dijo:

—Basil Lorne vendrá aquí esta noche.

No me gustó aquello, pensé. Hubiera preferido tener una entrevista previa con Basil en algún lugar que no fuese mi casa. Pero la chica de los cabellos rojos debió leer en mi expresión el conato de desconfianza y me aseguró que Basil podría estar de acuerdo o no con nosotros, pero que jamás debíamos temer que él nos delatara o hiciera mal uso de lo que íbamos a confiarle.

Peggy nos dijo algo más acerca de Basil. Su amigo locutor era radioaficionado.

—En pocas horas podría establecer contacto con colegas suyos —añadió—. Les daría la noticia y ésta se extendería por todo el mundo en unos días.

—Sólo nos quedan cinco. Estamos a diez —dije sombríamente.

De pronto, Jess se levantó y dijo antes de dirigirse hacia la puerta, después de recoger su impermeable:

—Voy a dar una vuelta por mi casa —miró a Sharon—, Me pasaré antes por la tuya y miraré si está vigilada.

—Ten cuidado —le dije.

No me respondió y salió dando un pequeño portazo.

Horas más tarde, casi al filo de la medianoche, se presentó Basil Lorne. Era un tipo de poco más de treinta años, alto y atlético, de pelo negro y ensortijado. Mientras comíamos de varios platos con fiambres y dos variedades de queso francés, todo regado con abundante cerveza, Peggy fue contando a su amigo cuanto sabíamos. La pelirroja confeccionó un relato minucioso. Pensé que era convincente, capaz de disipar las dudas al más incrédulo. Yo miraba pendiente de los gestos de Basil. A veces dejaba de comer o de beber y clavaba los ojos en la mesita. Luego empezó a fumar y acabó el cigarrillo cuando Peggy concluía:

—Es todo, Basil.

Entonces levanté la mirada y creí que Basil estaba algo pálido y su gesto me parecía cargado de rabia mal contenida.

—No debíamos sorprendernos, ¿no? —dijo con su voz ronca, de locutor de madrugada, algo acariciadora.

—¿Qué quieres decir, Basil? —pregunté.

—Hace dos meses tuve un QL ruso. El radioaficionado me transmitió tres semanas antes algo extraño. En su tarjeta postal, debajo del sello, que arranqué para regalarlo al botones de la

emisora, había escrito sigo extraño. Logré traducirlo y contacté con un colega de Australia, a quien transmití en clave lo sucedido con mi contacto ruso y escuché algo insólito. El australiano no transmitía muy claro, pese a tener una emisora potentísima, pero entendí que él estaba asustado. Chicos, ahora pienso que Australia también quedará libre.

—¿Qué te dijo?

—El australiano tenía una novia cursando estudios en el Japón. Ella está intentando desde hace semanas regresar a Sidney, pero no obtiene el visado del gobierno de Australia. La chica es filipina, no ciudadana australiana.

—¿Qué tiene que ver el ruso con todo esto?

—La novia del australiano tenía una amiga rusa que logró volver a Rusia. Ambas eran estudiantes. Bueno, en realidad a la rusa la obligaron a regresar a su país inesperadamente. La filipina escribió a su amiga contándole todo.

—La gente está inmovilizada —dijo Sharon.

—Dejadme terminar. El australiano logró contacto con el ruso, pero éste no se atrevió a decir nada que pudiera perjudicarle, excepto que desde hace algunas semanas no se permiten visados de entrada a Rusia ni la salida de súbditos soviéticos, ya sabéis que me refiero a los privilegios que pueden hacer turismo, esos tipos que llegan a Londres con unos pocos dólares escondidos y además pretenden vender sus horribles cigarrillos y su vodka ínfima.

—¿Llegaste a sospechar algo semejante a lo que te he contado? —preguntó Peggy a Basil.

El locutor negó con la cabeza.

—No; pero no me ha cogido desprevenido. Algo rondaba dentro de mi cabeza, diciéndome que se avecinaba un asunto muy gordo.

—¿Estás dispuesto a ayudarnos? —pregunté.

—¿Ayudaros? —sonrió tristemente—. Querrás saber si decido ayudarme, ¿no? —entornó los ojos—. Dentro de dos horas empieza mi programa de madrugada. Tengo otro al mediodía, de una hora, en el que comento las noticias internacionales. Creo que aprovecharé el próximo para intrigar a mis oyentes. Prepararé el ambiente para las doce de la mañana. Además, hablaré con otras emisoras y les pediré que me escuchen. —Miró la hora—. Me marcho en seguida. Quiero pasar por mi casa y hablar por mi emisora de aficionado un rato.

Intentaré llegar hasta Moscú o Sidney.

Sólo cuando se marchó me acordé de Jess. Empecé a preocuparme por su tardanza.

Las chicas sacaron mantas y lo prepararon todo para pasar en mi ático la noche cuatro personas.

Mientras ellas hablaban y se afanaban porque Jess y yo nos sintiéramos cómodos, me entretuve mirando por la ventana, pensando en la tardanza de mi amigo, temiendo que hubiera tenido un mal encuentro con Carter u otro agente cerca de la casa de Sharon.

Pero Jess llegó poco después, aseguró que no había nadie rondando el apartamento de Sharon. Le contamos la visita de Basil y sonrió, diciéndonos que se alegraba mucho de todo.

Por supuesto aquella noche no resultó tan agradable ni calentita para mí como la anterior. Las chicas durmieron juntas, estuvieron un rato hablando entre ellas en voz baja, pero al cabo de unos minutos se callaron y pensé que soñaban o tenían pesadillas. Me tocó el sofá y a poco más de un metro estaba Jess, en un saco de dormir.

Sólo me desperté una vez, cuando creí haber escuchado un sonido seco. Abrí los ojos y vi a Jess meterse en el saco. Mi reloj digital marcaba las dos y media de la madrugada. Pensé que Jess había ido al lavabo y me acordé de Basil, quien en aquellos momentos estaría tratando de despertar la curiosidad de sus oyentes. Tal vez debimos escucharle.

Me revolví en el incómodo sofá y traté de dormirme.

CAPÍTULO V

No tenía más remedio que personarme en la redacción del periódico y acudí a ella con un humor de perros, nervioso y con el oculto deseo de enfrentarme con mi redactor jefe y acabar dándole un puñetazo, tal vez porque le envidiaba su suerte de marcharse del país.

En el pasillo, el chico de los recados pasó por mi lado y me dijo:

—Te esperan en la sala de visitas, Shapiro.

No me dio la oportunidad de preguntarle quién era. Aquel escocés quinceañero desapareció por el pasillo rápidamente.

Me dirigí a la sala de visitas y empujé la puerta. Me quedé quieto con la mano puesta en el picaporte, mirando estupefacto al hombre que me esperaba sentado en un butacón, con las piernas cruzadas y fumando una pipa.

Se levantó al verme y dio dos pasos hacia mí, preguntándome despacio:

—¿El señor Shapiro?

Era el tipo de la gabardina, aquel a quien había tumbado de un puñetazo en el apartamento de Sharon.

—Sí…

Tenía un pómulo amoratado. Yo había escuchado crujir un hueso cuando le golpeé, creyendo haberlo hecho en su mandíbula. Al parecer me había equivocado.

—Me llamo Dan Carter —sacó rápidamente una cartera de su chaqueta, la abrió y me mostró una placa y una tarjeta plastificada, que apenas me dejó echar un vistazo antes de guardarla—. Deseo hablar con usted.

—¿Por qué? —pregunté. Sentía tenso mi cuerpo, mientras me preguntaba si Carter tuvo tiempo de ver mi cara antes de que mi puño lo golpeara.

—Rutina. A veces son llamados algunos periodistas por el servicio de seguridad, responden a varias preguntas y ya está —me sonrió parcamente.

—Tengo trabajo ahora. Dígame a qué hora puedo ir a verle...

—¿No me ha entendido? Quiero que venga conmigo —dejó de sonreír.

—Usted... Usted no puede detenerme.

—¿Quién ha hablado de detenerle? —Recuperó su sonrisa para helarme la sangre en las venas—. Ya he hablado con su jefe, señor Shapiro, y él está de acuerdo. Si pone inconvenientes todo será más difícil para usted.

—¿Dónde me llevará?

—Oh, a un lugar muy bonito. A Horse Guards Road. Si nos damos prisa podemos ver el cambio de la guardia en el Palacio.

—Pensé que sería a Scotland Yard.

Me indicó la puerta, dándome a entender que no tenía la intención de seguir hablando.

Carter tomó su gabardina, la misma que llevaba la otra noche. Caminó detrás de mí. Yo notaba cerca de mi cogote su aliento y le escuchaba respirar ruidosamente, como si padeciera de asma crónica.

Mientras entrábamos en el ascensor, dije:

—Nunca he estado en el Foreign Office. —Traté de resultar jovial, como quien pretende hablar de cosas intrascendentes.

—Tal vez vea allí a su amiguita Sharon Seeley —dijo sin mirarme, poniéndose en los labios un cigarrillo después de guardarse la pipa.

Se deslizaron las puertas y Carter marcó el botón de bajada al sótano. Allí debía tener su coche, y posiblemente nos estaría esperando algún compañero suyo al volante.

Había querido mantener la esperanza de que todo iba a limitarse a unas preguntas de rutina, pero de pronto descubrí en los ojos de Carter un brillo peculiar. Algo me dijo, tal vez su rabia súbita que pronto desapareció, que él me había reconocido. Si se mantenía sereno era porque esperaba el momento de tenerme en sus manos, mientras dos de sus compinches me sujetaban los brazos. Iba a devolverme por cien el golpe que le había propinado.

Empecé a sudar, a ponerme nervioso y a ser incapaz de responderme a las preguntas que me hacía. Sospeché que Carter quería saber dónde permanecía Sharon, aunque no llegaba a imaginarme cómo había sabido que yo estaba relacionado con ella.

Había salido de mi apartamento cuando todavía las chicas dormían. No quise despertarlas, pese a que me intranquilicé un poco al no ver a Jess allí. Debió haberse marchado muy temprano, tan silencioso como un gato.

Jamás me he considerado un tipo duro y sabía que no iba a poder estar callado mucho tiempo si me golpeaban. Y aquellos tipos eran expertos en que la gente cantara de corrido. Carter no debía sospechar que Sharon estaba en mi ático, pues en caso contrario se habría personado allí en lugar de aguardarme en la redacción.

De pronto pensé que algo no funcionaba muy correcto en todo aquello, pero también llegué a la conclusión de que no podía permitir ser interrogado.

El ascensor se detuvo. Antes de que las puertas terminaran de abrirse sabía que estábamos en el aparcamiento. Carter me hizo un gesto para que saliera. Había adelantado el brazo. Parecía muy seguro, como un matón de película.

Súbitamente le agarré el brazo y lo empujé afuera. Rodó por el suelo lleno de aceite, manchándose su bonita gabardina. Todo ocurrió muy rápido, pero tuve tiempo de ver cómo dos hombres, hasta entonces apostados junto a un coche pintado de negro, echaban a correr hacia el ascensor.

Debían ser sus secuaces, pensé mientras apretaba frenéticamente un botón, sin saber cuál.

Se me antojó que las puertas del ascensor se cerraban a cámara lenta. Pude ver los gestos crispados de los dos que corrían para impedirme escapar. Carter se revolvía desde el suelo y gritaba desaforadamente, maldiciéndome.

Uno de los agentes estuvo a punto de meter la mano, pero la quitó cuando la puerta acabó cerrándose. La cabina se elevó y yo resoplé.

Me fijé que había apretado el botón de la primera planta y pensé rápidamente que lo primero que harían aquellos tipos sería rodear el edificio, impidiéndome huir si no me daba prisa.

En la primera planta no dejé que se abriese la puerta, apretando el botón del quinto piso, pero a medio camino detuve el ascensor y lo hice descender de nuevo hasta el sótano.

Sabía que lo arriesgaba todo en una apuesta, pero me dejé llevar por mi corazonada.

Salí de la cabina después de echar un vistazo y asegurarme de que no había ningún agente de Seguridad cerca, al menos a la vista. Caminé entre los autos y busqué el *Morris* azul del redactor jefe, rezando para que aquella mañana hubiese acudido al trabajo.

Recordé que su vuelo era para el día doce y me sentí más aliviado, sobre todo cuando encontré su coche en la plaza acostumbrada.

Mi jefe solía tener escondido un juego de llaves debajo del parachoques delantero, pero más de una vez se las había dejado en el contacto y cerrado la puerta con el seguro echado.

Tanteé debajo del parachoques y exhalé un suspiro de alivio al tocar el llavero. Lo arranqué y creo que rompí el alambre que lo sostenía. Mirando a todas partes, temiendo ver aparecer a los secuaces de Carter, abrí el coche y me senté frente al volante, metí la llave en el contacto y arranqué el motor.

Conduje despacio por el sótano, con las luces apagadas y mirando por el espejo retrovisor el sitio donde estaban los ascensores. Únicamente cuando me encontré en la calle respiré tranquilo.

Me alejé de Fleet Way, encendí un cigarrillo y me puse a recapacitar sobre mi situación.

Así, los sabuesos estaban detrás de mí. ¿Qué buscaban? ¿Acaso esperaban localizar a Sharon deteniéndome y haciéndome hablar? Volvió a parecerme extraño todo. Carter no pudo saber quién era yo cuando le pegué el puñetazo. Sin embargo ya lo sabía cuando se personó aquella mañana en la redacción.

Había acudido al *Sun* a tiro hecho. Tanta seguridad en sus actos me inquietaba profundamente. Empecé a sospechar del redactor jefe. ¿Acaso mi artículo rechazado me había colocado en la lista de sospechosos?

Detuve el coche en una calle estrecha, subiéndolo sobre la acera. Era una zona tranquila y apenas pasaba gente. Acabé de fumar tranquilo. Ahora no sólo podía perseguirme Carter y sus agentes de Seguridad, sino también la policía por haber robado yo un coche.

Descubrí en la esquina una cabina telefónica y me dirigí a ella. Eché unas monedas de diez peniques en la ranura y marqué el número de mi ático. Necesité más de un minuto para convencerme de que allí no había nadie para levantar el teléfono.

Iba a salir cuando tuve la intuición de llamar a Jess, aunque no tenía muchas esperanzas de encontrarle en la agencia de viajes. La verdad es que no me acordaba si él había dicho la noche antes que no pensaba volver por allí más.

Apenas escuché que descolgaban, pregunté:

—¿Míster Rhodes?

—Un momento —me replicó la voz de una mujer.

Transcurrieron unos segundos y al cabo de éstos escuché:

—Soy Jess Rhodes. ¿Qué desea, señor?

—Soy Abe, Jess —susurré—. ¿Puedo hablar tranquilo?

No volví a escuchar la voz de Jess hasta que hubo pasado un instante que me pareció una eternidad.

—Abe… ¿Dónde estás?

—Te llamo desde una cabina pública.

—¿Por qué no has ido a la redacción?

—Vengo de allí, muchacho. Carter me persigue. Otra vez tuve que jugarle una mala pasada. Oye, ¿dónde están las chicas? Nadie contesta en mi apartamento…

—Salieron hace un rato. Bueno, creo que apenas te marchaste tú.

—Las dejé durmiendo —gruñí—. Debieron arreglarse como nunca han debido hacerlo en su vida. ¿Qué hacen ellas?

—Abe, ¿qué locura has cometido ahora?

—¿Qué quieres decir? ¡No iba a dejarme llevar a los sótanos de Foreign Office o a otro lugar peor por Carter! Tuve que escapar, chico.

—No puedes volver a tu apartamento… ¿O estás pensando hacerlo?

—Estoy hecho un lío. ¿Dónde puedo esconderme? —De pronto me acordé de algo que era muy importante para nosotros—. Tal vez llame a Basil. Por cierto, ¿qué sabes de su trabajo? ¿Acaso las chicas han ido a verle?

—No lo sé, la verdad —la voz de Jess me pareció cada vez más nerviosa.

—Dime si temes que esté intervenido el teléfono de la agencia.

—Espero que no —jadeó él—. Abe, no puedes dar vueltas por Londres sin rumbo fijo. Te buscaré algo. Debemos vernos en algún sitio seguro.

—Nos quedan pocos días —dije mirando por encima del hombro. La calle permanecía vacía y el coche a mis espaldas, sobre la acera—. Si no podemos vernos en tu apartamento, ¿dónde? Conozco una casa cuya propietaria me alquilaría un par de habitaciones. Es de confianza. Allí podríamos reunimos…

—¡No! —me atajó Jess—. Mira, nos veremos dentro de una hora junto al Kensington Palace.

Me pareció un lugar poco apropiado, excesivamente despejado. Se lo dije.

—Allí jamás te buscarían —dijo él.

Quedé convencido y colgué después de asegurarle que nos veríamos en el parque, cerca del palacio Kensington.

Sólo me detuve una vez para comprar cigarrillos y un par de periódicos de la competencia, los cuales arrojé pronto a una papelera, asqueado por su simplicidad. La noticia más destacada era la llegada de la familia real a América, en viaje privado; pero se aseguraba que sería recibida por el presidente yanqui.

Seguí con el coche y lo aparqué a cierta distancia del lugar de la cita, a pocos metros de King's Arms Gate. El ambiente era húmedo aquella mañana y la hierba del parque mojaba mis zapatos. Caminé con la cabeza agachada, mirando de reojo.

Al acercarme al palacio creí ver a Jess detrás de unos árboles. Había acudido pronto a la cita. Me alegré de haber llegado antes. Así no le haría esperar. Apresuré el paso.

De pronto la figura que vestía un impermeable como el que usaba Jess, se esfumó. Me quedé quieto, en el camino de tierra batida.

Una sospecha me atenazó el corazón. De golpe rememoré toda la conversación que sostuve con Jess. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que sus palabras no fueron las lógicas?

En primer lugar se extrañó mucho, como si yo no pudiera llamarle por teléfono, como si debiera estar en… ¿A buen recaudo?

Retrocedí dos pasos, con la mirada fija en los árboles tras los cuales había desaparecido Jess. Entonces él volvió a aparecer y empezó a caminar hacia mí.

Se detuvo cuando llegó a una distancia de más de diez metros. Tenía las manos metidas en los bolsillos del impermeable y ladeada la cabeza.

Aunque no necesitaba verlos, sabía que tras los árboles permanecían escondidos los hombres de Carter, tal vez él también.

Antes de echar a correr necesitaba saber algo y pregunté a Jess:

—¿Por qué nos has entregado a todos?

Jess sacó las manos de los bolsillos y las levantó como si quisiera implorarme, pedirme perdón. Su rostro era patético, una mezcla de despecho y vergüenza. Empecé a comprender sus motivos, pero quería escucharlos de sus labios.

—Se me ocurrió anoche, Abe —dijo con voz debilitada.

—Y te marchaste para ponerte en contacto con Carter, ¿no? Seguramente lo encontraste vigilando el apartamento de Sharon y allí mismo le propusiste acabar con la conjura a cambio de un pasaje para ti.

—¿Qué habrías hecho tú? —preguntó.

De reojo vi que varios hombres surgían a mi alrededor y se dirigían a mi encuentro caminando despacio, como si no tuvieran prisas.

—¡Has entregado a Sharon, mierda, cerdo! —grité.

Vi las pistolas que me apuntaban y deseché la idea de escapar. ¿Para qué? Nos quedaba tan poco tiempo...

Carter se puso delante de mi visión. Me asombré al no verle ningún signo de odio en sus ojos escrutadores.

—Vamos —me dijo.

Jess se acercó y Carter lo mantuvo apartado de mí con un gesto.

—Sharon está libre —dijo Jess, recibiendo la mirada iracunda de Carter—. Cuando ellos llegaron a tu casa, Abe, no estaba ella.

—Usted debió avisarla, señor Shapiro —dijo Carter tomándome firmemente de un brazo.

Observé estupefacto a Jess. Si yo no la había alertado, ¿quién había sido? En los ojos suplicantes de mi *amigo* descubrí la verdad.

Mientras me conducían hasta los coches tuve tiempo para pensar que Jess había llamado a través de mi propio teléfono, de madrugada, a Carter para ultimar los detalles de mi entrega. Lo había enviado a la redacción para no revelar el paradero de Sharon y Peggy, tal vez también aprovechó la llamada para advertirle de la emisión de radio de Basil Lorne. Era un servicio más que sumar a los favores que debía deberle el gobierno.

Jess me había citado en los jardines Kensington para entregarme. Seguro que él estaba allí en contra de su voluntad. Hubiera preferido, sin duda, no tener que enfrentarse a mí, pero Carter debió exigir su presencia. Después de mi huida no quería que otra vez se le escapara la presa, asegurándose mi captura con la ayuda de Jess, para que yo no sospechara en ningún momento que pudiera tratarse de una encerrona.

Antes de que me metieran en un coche negro, grité a Jess:

—¿Crees que te dejarán salir? ¡Idiota! Van a dejarte morir aquí,

con todos, conmigo.

Carter me empujó y a través de la ventanilla trasera pude observar que Jess también era introducido en el coche posterior.

Sentí el contacto del frío metal alrededor de mis muñecas, y la proximidad de Carter, su aliento cálido y nada agradable. Le vi sonreír satisfecho, y me pregunté si aquel tipo sabía lo que iba a ocurrir el catorce a las catorce horas.

Seguramente por su mente obtusa no pasaba ninguna otra cosa que no fuera oprimir libertades a personas como yo. Ojalá se quedara en la ciudad cuando llegara la lluvia de misiles. Un aborto de la naturaleza como él no debía gozar de otra oportunidad.

CAPÍTULO VI

Me pusieron unas gafas oscuras que no me dejaron ver adónde me llevaban. Intenté contar el tiempo, pero me perdí y sólo supe que transcurrió algo más de una hora, por lo que deduje que no podía ser nuestro destino el edificio del Foreign Office en Horse Guard Road, a no ser que hubiéramos dado muchas vueltas para despistarme.

Lo más seguro, pensé entonces, es que estábamos fuera de Londres.

Si mis captores se molestaban en crearme confusión respecto al lugar donde nos detuvimos al fin, era un indicio favorable para mi futuro, ya que ellos preveían la posibilidad de dejarme en libertad pasado algún tiempo, aunque esto último resultaba risible para mí teniendo en cuenta los pocos días que me quedaban de vida, junto con la mayor parte de la población británica.

Me sacaron del coche y agarrado de los brazos me condujeron al interior de un edificio, hecho que descubrí al sentir bajo mis zapatos la grava áspera de un sendero y luego notar que caminaba por un suelo alfombrado.

—¿Jess? ¿Estás cerca? —pregunté.

—Cállate —me ordenó uno de los hombres que me agarraban.

Me dolían las esposas y de pronto alguien tiró de ellas, lastimándome aún más.

Escuché que se abría una puerta y me sentaron en una silla de madera. Me quitaron las gafas y lo primero que vi fue a Dan Carter, quien despojado de su gabardina volvía a tener la pipa, ahora apagada, en sus labios, lejanamente sonrientes.

—¿Dónde está Jess Rhodes? —pregunté—. ¿Recibiendo sus monedas de plata? ¿O le han entregado un pasaje para el Canadá?

Dejaron a Carter solo. Los hombres se retiraron silenciosamente y el último cerró la puerta. El cuarto donde me encontraba era pequeño y debía ser mi celda porque en un rincón había una cama estrecha, una mesa y otra silla, que ocupó Carter.

—Mi departamento agradece a Rhodes su colaboración, señor Shapiro. Es un buen ciudadano británico y se ha limitado a cumplir con su deber al avisarnos de su antipatriótico comportamiento.

—¿Usted también se largará antes de que caigan las bombas?

—Es lamentable que insista sobre semejante disparate.

—No vaya a decirme que se quedará aquí después del día catorce —traté de sonreír.

—¿Por qué no? Hace poco tomé mis vacaciones reglamentarias.

Intenté explicarle los datos recopilados por mis amigos, incluso las sospechas aportadas por Jess, pero Carter me atajó con un ademán y dijo:

—Conozco la historia. No se moleste en repetírmela.

—¿Por Jess?

—Sí —Carter me lanzó una de sus tristes sonrisas—. Ese pobre diablo entró en contacto conmigo cuando vigilaba la casa de la señorita Seeley anoche. Empezó diciéndome que a cambio de información quería gozar del privilegio de marcharse del país lo antes posible, luego me relató ese fantástico cuento con el cual pensaba usted, en unión de varios locos más, inundar de pánico la nación.

—Empiezo a sospechar que su mente es tan estrecha que no quiere creerme. Ahora sólo piensa en desquitarle del puñetazo que le di.

—No sea bobo, amigo —se acarició el pómulo—. He recibido golpes peores en mi vida. No hay nada personal entre nosotros. Por mi parte no hubiéramos vuelto a vernos.

—¿Dónde tienen a Sharon y a Peggy O'Hara?

—¿Esa chica? No conozco a la otra, al menos personalmente. Sé que trabaja en el Foreign Office y hoy no ha acudido al trabajo. —Me miró extrañado y yo pensé que estaba metiendo la pata—. Otros hombres fueron a visitar su apartamento, señor Shapiro, pero lo encontraron vacío. No me explico cómo pudo avisarlas.

Me quedé con la boca abierta, sin comprender. Sin embargo me alegré porque ellas estaban libres. Pregunté a Carter por Basil. Sólo mencioné su nombre, no su apellido. No quería involucrarlo.

Carter cayó en mi pequeña trampa y reconoció, con una sonrisa más acentuada, que él lo había dispuesto todo la noche anterior para impedir que Lorne hiciera uso de su emisora de aficionado y luego de la comercial para intrigar a cuantos le oyeran.

—Otra información de Rhodes —dije abatiendo los hombros—. ¿También han detenido a Basil Lorne?

—Lo retienen los agentes de Scotland Yard, acusado de alterar el

orden público.

—Esos cargos no prosperarán.

—Lo sé. No estará detenido más de dos días.

Sonreí amargamente.

—Lo justo para que cuando salga a la calle le caigan encima las bombas. —Rectifiqué inmediatamente—. Bueno, al menos el viento que nos traiga las radiaciones. Ya sabemos cómo funcionan esas bombas: un aluvión radiactivo que se extingue en poco tiempo y todo queda intacto para que los supervivientes puedan venir aquí como turistas y ver cómo vivieron una vez los súbditos británicos.

Carter se acercó a la puerta. Desde allí se volvió y me dijo:

—Allá usted con sus locuras, señor Shapiro.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—No lo sé.

—¿Me dejarán aquí o me echarán a la calle el catorce después de las catorce horas?

—Repito que usted ya no es mi problema. Mis superiores me ordenaron que le trajera aquí cuando les dije lo que tramaba. Ahora otros se ocuparán de su caso. Mi cometido se limitará a vigilarle. Buenos días.

Salió y cerró la puerta, que entonces me di cuenta que era de acero y por el chasquido metálico que produjo al golpear el marco también de metal.

Entonces empezó mi prueba, en la que mis nervios iban a padecer una experiencia increíble.

* * *

Me trajeron comida, servida por un hombre con bata blanca que no me dirigió la palabra. No intenté nada contra él porque siempre había un par de guardias, con extraños uniformes negros, sin distintivos, en la puerta esperando.

Como me habían despojado del reloj y de cualquier cosa metálica, incluso del cinturón, en seguida perdí la noción del tiempo; pero suponía que el día catorce estaba muy próximo.

Ignoraba si era de día o de noche cuando empecé a sentir un sueño que no podía vencer. Miré la botella de plástico con agua y

sospeché que estaba narcotizada.

Me desperté tendido en una mesa. Cuando intenté mover las manos descubrí que tenía atados los brazos. Un hombre con escaso pelo, protegidos sus ojos tras los gruesos cristales de unas gafas con montura metálica, me observó largo rato.

—Buenos días, señor Shapiro —dijo el hombre, moviéndose alrededor de mí—. Soy el doctor Werner.

Sentí reseca la boca y la lengua la noté hinchada. Con mucho esfuerzo logré decir:

—¿Qué va a hacerme, doctor?

Aquel tipo me sonrió.

—No se asuste. Estamos aquí para ayudarle. Usted ha estado enfermo. Psíquicamente, por supuesto.

Me señaló a otros dos hombres que parecieron surgir de las sombras que me rodeaban.

—Todos queremos ayudarle, señor Shapiro —repitió, ahora algo más serio.

Uno de los ayudantes del doctor introdujo el contenido de una inyección en el gotero. Seguí con la mirada el tubo y vi que terminaba en mi brazo. ¿Qué metían en mi sangre?

Se lo pregunté a Werner y éste se limitó a encogerse de hombros.

—Terapia. Pronto podrá estar en la calle, libre de sus manías.

—¡No son manías! —grité. El doctor chascó la lengua como queriéndome decir que yo era un niño muy travieso—. ¿Qué día es hoy?

—Trece.

—¡Mañana será cuando la muerte caerá sobre nosotros!

—Sí, claro.

—¿Se queda tan tranquilo? ¿No teme la muerte?

—Todos moriremos algún día. Ahora le aconsejo que se relaje.

La porquería que bajaba del gotero nubló mi mente y me quedé adormilado.

Cuando volví a recobrar la lucidez no me cercaban las sombras. Me hallaba en una habitación de paredes muy limpias y blancas. La luz era indirecta y miré un techo pintado de color crema. Escuché pisadas y giré la cabeza para ver quién era.

Jess Rhodes se acercó a mí. Vestía un traje impecable, una camisa rosada y una corbata negra que lucía un nudo perfecto.

—Hola —me saludó sonriendo.

—Vete al infierno —gemí.

—Me iré a la calle dentro de un rato. ¿Quieres algo para Sharon?

—¿Qué día es hoy?

—Catorce —miró la hora en su reloj de muñeca—. Son las dos menos veinte de la tarde.

—Puerco. Te queda poco de vida.

—Tranquilo. Dentro de poco dejarás de imaginarte cosas absurdas.

—Dime, Jess, ¿por qué lo has hecho?

—Sin querer me había metido en un asunto muy feo, Abe. Comprendí que nos estábamos comportando como niños asustados. Los del Servicio de Seguridad, tanto del Interior como del Exterior, estaban preocupados. Si no hubieran interrumpido a Basil Lorne en su emisión de madrugada se hubiese provocado un pánico en la ciudad. Mira, no sólo conseguí librarme de que me acusaran de un montón de cosas, sino que también ellos serán benignos contigo y te soltarán en seguida.

—También lo hiciste porque Sharon me prefirió a mí.

Sentí alegría al ver que Jess acusaba mal mis palabras. Perdió su sonrisa y le costó recomponer su actitud serena.

—¡Y no vacilaste en entregarla junto con Peggy!

—Ellas están libres. En un principio Dan Carter quiso detenerlas, por lo que envió a varios de sus hombres a tu casa, pero yo las avisé y ellas se marcharon a tiempo.

—¿Las buscan?

—No, ya no. Los convencí de que tú eras el único que nos alentaba.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, pero supongo que me agradecerás que haya dejado a Sharon al margen —sacó un cigarrillo y lo encendió—. Basil volverá a sus estúpidas emisiones nocturnas para camioneros y solteronas sin sueño. Es hora de irme, Abe. Algún día me agradecerás todo lo que he hecho.

—Vete a la mierda.

—No, iré a ver a Sharon. ¿Quieres algo para ella?

Las cuerdas me retuvieron sobre la mesa. Rechiné los dientes y mi cólera me hizo verlo todo rojo. Me dolieron los brazos y las piernas.

—¿Qué vas a decirle? —preguntó entre ronquidos.

—Que dentro de unas semanas te dejarán salir del sanatorio.

—¿Sanatorio?

—¿Dónde supones que estás? Yo sólo he venido a verte. El señor Carter fue muy amable permitiéndome entrar. Adiós, Abe. Es posible que en el *Sun* te reserven tu puesto en la redacción.

Me volvió la espalda, pero se detuvo antes de alcanzar la puerta, volvió la cabeza y me dijo:

—Por cierto, la familia real tiene prevista la vuelta de América para mañana mismo, según ha anunciado la BBC. Y puedo añadir que la venta de excursiones para cualquier parte del mundo se ha incrementado notoriamente.

Se marchó dejándome medio mareado, sudando.

Al rato, creo que fueron después de unos minutos, apareció un enfermero que sin mirarme me inyectó algo por vía intravenosa.

Antes de sumirme en el mundo convulso de mis pesadillas creí notar una vibración en la habitación.

El enfermero miró el techo con expresión asustada.

Luego quedé inmerso en un sueño plagado de fantasmas y luces, de ruidos y voces susurrantes.

Abrí los ojos tendido en otra mesa, pero sin correas que me sujetaran.

CAPÍTULO VII

Recordé que un enfermero me había afeitado con una rasuradora eléctrica antes de la visita de Jess. Al pasarme la mano por la cara noté barba de varios días.

Me asusté. ¿Cuánto tiempo había estado en el mundo de las pesadillas de las que no podía salir?

Pude incorporarme y caminé vacilante, descalzos mis pies, hasta la puerta. La empujé, llevándome la sorpresa de no encontrarla cerrada.

Entonces olí el aire algo rancio, flotando un tufo dulzón y molesto en el ambiente.

En la habitación siguiente, en la alacena de metal, encontré mis ropas y mis zapatos. Me despojé de la bata blanca y me vestí con prisas, nervioso.

Al salir al pasillo, que se perdía a ambos lados, desapareciendo por sendos recodos, me detuve confuso. Temía que en cualquier momento fueran a aparecer los enfermeros que me devolvieran a la mesa de la que no parecía haberme despegado en muchos días.

Varios de los tubos fluorescentes del techo estaban apagados y el resto parpadeaba de manera molesta.

Desconocía el interior del sanatorio y anduve por los corredores, mirando en las habitaciones y encontrándolo todo vacío. El silencio reinante empezó a oprimirme.

Encontré unas escaleras y las bajé, llevándome la sorpresa de descubrir que me conducían a un sótano repleto de material de desecho y cajas, algunas sin abrir.

Volví sobre mis pasos y busqué escaleras que me llevasen arriba, empezando a concebir la sospecha de que todavía me encontraba en pisos subterráneos.

Los ascensores no funcionaban. Llegué jadeante a un rellano donde un cartel me anunció que estaba en el piso principal, seguramente el único situado a nivel de la superficie.

Busqué la salida, y cuando la encontré me topé con una puerta de acero, sobre la cual parecía burlarse de mí un cartel de letras rojas anunciándolo así.

Toqué las manijas de metal y fracasé al intentarlas girar.

—Debe tener paciencia, señor Shapiro.

Me volví rápidamente al oír estas palabras, creyendo haber reconocido a su dueño.

Dan Carter estaba apoyado en el quicio de una puerta. Entre el pantalón y la camisa llevaba sujeta una pistola. Su actitud era de agotamiento. Su mano derecha agitó unas llaves.

—Todavía debemos esperar para salir —dijo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté acercándome a él. Ya no le tenía miedo, ni siquiera me infundía respeto el hecho de que estuviera armado.

Algo dentro de mí me decía que no debía temer a que Carter llamase a los enfermeros. Es más, por todo cuanto había visto podía apostar a que allí no quedaba ningún enfermero. Sólo Carter y yo.

Carter me hizo señas para que le siguiera y me condujo a un cuarto donde parecía estar viviendo desde hacía días. Sacó de un armario una botella de whisky y llenó dos vasos, tendiéndome uno y diciéndome

—Beba. No tema marearse. Aunque no lo crea en seguida, yo le he estado cuidando estos días, alimentándole. Un poco de whisky no le tumbará.

Bebí antes de formular una sola pregunta.

Nos sentamos junto a una mesa. Carter sacó fiambres y abrió unas latas de pescado en conserva, volviendo a llenar los vasos.

—Comida sólida tomada con mesura le caerá bien.

Me dolió, sin embargo, el estómago y el licor me enturbió un poco la mente.

—¿Por qué usted y yo solos en este cubil, Carter? —pregunté.

Él me sonrió y tocó mi vaso con el suyo, un brindis triste y que recibí con desagrado.

—Celebremos su inteligencia, señor Shapiro. Me alegra que haya comprendido todo.

—Ojalá no fuera así —dije vaciando el segundo vaso—. Ojalá estuviera equivocado.

—No lo está. ¿Debería disculparme con usted, presentarle mi gratitud porque no me ha insultado?

—¿De qué valdría decirle que es un cretino? Después de todo ha impedido que muera de inanición allá abajo, ¿no? Ha sido mi ángel guardián. ¿Por qué?

—Le dejaron muy mal, incapaz de valerse por sí mismo. Mientras todos escapaban como cretinos, yo cerré herméticamente el edificio y conecté el sistema de emergencia. Respiramos aire reciclado desde entonces. ¿Alguna queja del servicio?

—Todavía no me ha dicho por qué ha querido que yo viva.

—Podría decirle que tenía una deuda con usted, pero la verdad es que no quería estar solo. Deseo compañía cuando llegue el momento de salir sin riesgos.

Me parecía irreal la conversación que manteníamos, dando por descontado lo ocurrido, aceptándolo sin estremecimientos.

Habían caído las bombas, llegado la lluvia mortal, y nosotros, antiguos contrincantes, conversábamos tranquilamente y compartiendo una botella de buen escocés.

* * *

Carter me contó cómo me mantuvo con vida y luego me enseñó lo más importante de aquel centro secreto del gobierno donde eran llevados espías, descontentos y gente que a veces no se la volvía a ver. Me dijo que estaba en las afueras de Londres y él no se había movido de allí desde que yo fui conducido para ser sometido a tratamiento.

—¿Qué clase de tratamiento? —pregunté.

—No lo sé. Mi cometido era permanecer aquí mientras durase. Luego debía recibir órdenes de mis superiores.

Me fijé en los teléfonos que estaban sobre la mesa.

—Ninguno funciona —me dijo Carter comprendiendo mi intención de usarlos—. Tampoco la televisión y la radio. Quizá podamos escuchar alguna emisión procedente de América del Norte cuando salgamos y encontremos un receptor potente.

—¿Cuándo saldremos?

—Dentro de varios días. Desde aquí podemos controlar el grado de radiación exterior, que baja rápidamente.

—Creí que iba a durar más.

—No han usado las bombas de neutrones que dijeron tener hace años, sino otras de efectos menos duraderos. De todas formas nos vestiremos con unos trajes que he encontrado, bañados en plomo.

Poseen máscaras que purificarán el aire. Todas las precauciones serán pocas.

Yo sabía que estábamos a treinta días después de la tarde en que casi toda la Tierra se llenó de viento portador de muerte.

Había sentido antes, y después también lo llegaría a experimentar, el deseo de matar a Carter. De alguna manera lo consideraba un poco culpable. Si Basil, Sharon, Peggy y yo no hubiéramos sido neutralizados por a traición de Jess Rhodes y la intervención del agente que ahora era mi única compañía, probablemente el mundo, unido contra la locura de unas pocas naciones, hubiera impedido el desastre.

Pero había que ser práctico y suponer que nuestro esfuerzo, casi impotente, habría quedado en nada y las catorce horas del día catorce era, irremediablemente, el fin de una época.

Durante los días siguientes no quise pensar en Sharon para no atormentarme. Tenía que tomar pastillas para conciliar el sueño, y creo que Carter también las necesitaba.

Una semana más tarde, en lugar de odiarle más profundamente, empecé a descubrir que dentro de su fachada de dureza había un corazón que sufría profundamente. Luego sabría que la familia de Carter vivía en Winchester y él se consumía en solitario sin poder hacer nada, lógicamente dándola por desaparecida.

La despensa del sanatorio estaba bien provista de comida y no pasamos hambre. A medida que transcurrían los días crecía nuestro nerviosismo ante la idea de salir. Sin embargo no lo expresábamos, incluso teníamos ganas de bromear y nos esmeramos en prepararnos comida más sustanciosa y de mejor calidad. Creo que llegué a convertirme en un buen cocinero.

Una mañana me encontré con la sorpresa de que Carter habíase anticipado a mí y preparado el desayuno, un copioso desayuno. Al acabar, me dijo:

—Hoy podemos salir.

—Estoy dispuesto —dije.

Recogimos la vajilla y la colocamos en el friegaplatos. Nos mantuvimos serenos, como si en vez de enfrentarnos con el mundo exterior, con todos sus enigmas, fuéramos a dar un paseo por Hyde Park.

Carter me dijo que le esperase en la salida y cuando se reunió

conmigo llevaba en las manos dos bolsas de plástico, que dejó en el suelo, al tiempo que decía:

—Son los trajes. Toma esto también.

Me entregó una pistola ametralladora muy pequeña. Su cargador era mayor que el cañón, corto y reforzado.

—Tiene una carga de treinta y seis proyectiles —me explicó sus peculiaridades y terminó—: No la uses precipitadamente; piénsalo bien antes de apretar el gatillo.

La miré lleno de confusión.

—¿Qué podemos encontrar peligroso que tengamos que usarlas?

—¿Quién sabe?

Pero yo pensé que Carter sí lo sabía, pero por alguna razón prefería callarse.

Nos vestimos con los trajes, ayudándonos mutuamente. Probamos los filtros y las reservas de aire. Luego, Carter me ajustó a la muñeca un minúsculo contador Geiger, advirtiéndome:

—Si pasa de la línea de seguridad no lo dudes y vuelve aquí cuanto antes. Este recinto, amigo, nos ofrece más seguridad de lo que pudiste imaginar cuando te traje. Creo que alguna vez, tal vez hace muchos años, fue concebido para refugio, allá por la época de la guerra fría. Luego se convirtieron en...

Tampoco me explico cuál era el cometido real del mal llamado sanatorio.

Carter usó las llaves y abrió la puerta de acero, pesada y de bastante grosor. Me asomé impaciente y quedé defraudado al ver que estábamos rodeados por un jardín. La mayoría de los árboles no tenían hojas, cosa natural en esta época del año. El cielo tenía un intenso color plomizo, lo cual tampoco era de extrañar en Inglaterra.

—Londres está lejos —dijo Carter—. Ven.

Me guió hasta el garaje, abrió la puerta y encendió las luces. Hasta allí llegaba la línea de suministro eléctrico del sanatorio. Dentro había varios coches, desde un *Mercedes* deportivo a un *Land Rover* gris y de feo aspecto, pero también robusto. Fue el que señaló Carter con decisión.

—Tiene motor de gasolina. Es lo mejor que hay aquí.

En un principio no conseguimos arrancar su motor, por lo que tuvimos que abrir el capó y limpiar las bujías y rociarlo todo con spray. La humedad, en el tiempo transcurrido, había comenzado a

hacer estragos. Sonreímos satisfechos cuando al fin respondió el encendido y todo el armatoste vibró para deleite nuestro.

Cuando entramos en la pequeña carretera comarcal no entendí la advertencia de Carter:

—Si nos paramos bruscamente, no te inquietes; lo haré muchas veces, tantas como crea que algo se mueve sin ser impulsado por el viento.

Insistí en que me aclarase su jeroglífico y él, después de exhalar un suspiro ronco, dijo:

—¿Qué harías tú si te dijeran que el banco de Inglaterra está con las puertas abiertas y nadie te impedirá bajar hasta las cámaras acorazadas?

—Eso sonaría muy atractivo, si el dinero sirviera.

—No el papel, pero sí toneladas de oro en barras y monedas. Por muy poca gente que quede en el mundo el vil metal será apreciado. Aunque baje el valor, siempre será más atractivo que la plata y, desde luego, el cobre.

Empezamos a encontrarnos con los primeros coches tumbados en la cuneta o estrellados contra los árboles. Dentro había bultos oscuros, cadáveres en avanzado estado de descomposición. Carter dijo:

—Estos nos irán indicando que podemos seguir adelante sin muchas precauciones. Llegaremos a Londres dentro de media hora. El tráfico no es muy intenso.

El sentido del humor de Carter era sombrío, como el día. De vez en cuando bajaba la mirada hacia el aparato colocado en mi muñeca. La aguja oscilaba a veces, pero quedaba muy lejos de acercarse a la zona de peligro.

La peor visión fue para mí la de un autobús escolar. No quise mirar dentro, ni los cuerpos que lo rodeaban. Carter tuvo la delicadeza de hacer muchas maniobras para no rozar a ninguno. Parecía increíble cómo se puede cambiar de opinión respecto a ciertas personas, con tan sólo un cambio drástico de la situación. Nunca había visto a nadie tan cargado de humanidad como Carter.

—¿Dónde prefieres ir en Londres? —me preguntó.

Me hubiera gustado fumar un cigarrillo en aquel momento para calmar mis nervios. Incluso estuve tentado de sacarme la máscara para hacerlo, pero logré vencer el fuerte deseo y pregunté sin

responder a Carter:

—Las bombas debieron arrojarlas en las periferias, ¿no?

El asintió.

—¿El efecto fue fulminante?

—Casi instantáneo.

—Entiendo. No había posibilidad alguna de huir, ¿verdad?

—Ninguna, excepto que se dispusiera de un refugio como el nuestro, que nosotros disfrutamos sin buscarlo. Esos cretinos que trabajaban en el sanatorio debían estar tan ignorantes de todo como yo. Si se hubieran quedado...

—Pero tú comprendiste en seguida lo que pasaba. Por lo tanto, aunque lo negabas, me creías. Carter, sé sincero conmigo y dime cuanto sabes.

—Está bien. Hace tiempo tuve acceso, fortuitamente, al borrador de un proyecto, más o menos a lo que ahora es realidad. Me resultó tan fantástico que no lo hice mucho caso; pero más adelante me interesé por los cambios que en Rusia y Estados Unidos se estaban haciendo sobre los principios de las bombas de neutrones. Las querían más fulminantes, con mayor poder para aniquilar a las personas y con una anulación rápida de su radiactividad. Al parecer, lo consiguieron, pero se lo callaron. También sabía los puntos estratégicos donde deberían caer, sobre todo en las islas Británicas. Al llegar a este punto consideré el proyecto como una estupidez. ¿Cómo iban nuestros dirigentes a llevarnos al matadero porque se lo dijeran los poderosos amos del Kremlin y de Washington?

—Sabía que conocías los factores. Casi no hay radiación. Tenías razón.

—Solamente albergaba el temor de que hubieran usado las primitivas bombas de neutrones.

—¿Por qué no me creíste?

Dan Carter palideció. Lo vi a través del plástico que protegía su cara.

—Supuse que tú y tus amigos habíais conseguido los datos que hace tiempo me hicieron dudar a mí. Si una vez me equivoqué, ¿por qué no vosotros habíais podido caer en el mismo error de entonces?

El viaje hasta Londres fue una pesadilla para mí. Aunque no se lo confié a Carter, yo sospechaba que mi salud no era buena. A veces tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no quedar dormido en el

Land Rover. Además, me dolía la cabeza intermitentemente y sentía náuseas. Me estremecí al pensar que podía ser el comienzo de los síntomas, el indicador de que mi organismo estaba afectado de alguna manera por las radiaciones.

Cuando llegamos al puente Battersea nos detuvimos un instante. Carter dijo que a partir de ahora debíamos andarnos con cuidado. Proseguimos, pero deteniéndonos a menudo, y Carter siempre colocaba el coche de forma que pareciera a un observador como si su conductor hubiera sido sorprendido por la lluvia mortal. Entonces comprendí por qué Carter se negó a que yo limpiara el *Land Rover* del polvo acumulado en el garaje. Era un buen camuflaje.

Le di la dirección del apartamento de Sharon, en Sutherland Avenue.

—Quiero asegurarme de algo.

—Yo no tengo necesidad de ir a Winchester para asegurarme de nada —respondió roncamente.

Pero al parecer le daba igual ir a un sitio que a otro y empezamos a cruzar Londres.

CAPÍTULO VIII

Comenté a Carter que otras personas podían haberse librado de la muerte, y él asintió y me dijo que así debía ser, que no sólo nosotros íbamos a ser los afortunados, por llamar de alguna manera al hecho de que siguiéramos vivos.

—Pero es difícil que las encontremos, y serán muy pocas —añadió, mientras detenía el coche en una calle estrecha, cerca de Cromwell Road.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿No te has dado cuenta? —me señaló las calles—. Están limpiando la ciudad.

Le miré asombrado. ¿Quiénes podían dedicarse a tal menester?

—Creí que lo habrías comprendido, muchacho —dijo con sarcasmo—. Ellos ya han llegado. Seguro de que están aquí desde hace semanas, incluso desde que debían usar trajes mucho más seguros que los nuestros. Estaban impacientes por apoderarse del fabuloso botín. De alguna manera deberán acallar las conciencias de sus conciudadanos, los que sin duda alzaron un grito de protesta al enterarse.

—¿Ellos?

Lejos vi unas figuras que caminaban por las calles.

Detrás de éstas aparecieron vehículos, camiones. Cuando se detenían, los hombres echaban despojos al interior y la marcha proseguía. A veces usaban palas excavadoras para hacer el trabajo más rápido y sencillo.

Carter no necesitó explicarme más para que yo lo comprendiera. Los nuevos amos habían llegado a Inglaterra para proceder a su limpieza y a proceder a hacer un inventario. Debí darme cuenta de ello porque desde hacía un rato no veíamos cadáveres por las calles. Limpiar una ciudad de diez millones de habitantes debía ser una tarea gigantesca, en la que se necesitarían obreros con estómago y bien pagados, aunque este último inconveniente no sería problema para sus patronos.

Como antes había dicho Dan, el banco de Inglaterra tenía una amplia cuenta corriente para afrontar los salarios.

Y así sería en todo el mundo, repartido equitativamente. La mitad

para la gente del otro lado del océano y la otra mitad para los poderosos amos del Oriente. Los supervivientes podían nadar en la abundancia a partir de ahora.

Carter comprobó una vez más que la radiactividad era inexistente. Podía haberse ahorrado el trabajo porque los enterradores llevaban sólo unos monos de color azul. Me dijo que nos quitáramos el equipo, ya que con ellos seríamos rápidamente identificares.

—Si nos ven de lejos, pensarán que somos de los suyos —dijo.

Yo tenía otro pensamiento.

—¿Qué les pasará a nuestros compatriotas que hayan logrado sobrevivir? Lo más lógico es que, si escuchan hablar en inglés se muestren incluso contentos por ver a gente con vida. ¿Qué harán con ellos, Dan?

Carter tardó en responderme:

—No lo sé.

Y yo pensé que tal vez la suerte de los supervivientes no iba a ser tan afortunada para ellos. ¿Por qué?

¿Acaso no querían testigos de lo sucedido? ¿Aniquilación hasta las últimas consecuencias?

En una tienda de ropas buscamos unos monos del mismo color que los enterradores, que nos pusimos sobre nuestras ropas. El contacto de mi pistola me reconfortó. Sabía que tarde o temprano acabaría usándola, cuando la razón se me nublara.

Más adelante vimos camiones cargados con soldados y también con grupos de militares y algunos paisanos que recorrían los alrededores del Museo Natural de Historia, el Geológico y el de Ciencia. Siempre escondiéndonos, vimos a más invasores entrar y salir del Royal Albert Hall. ¿Qué podía pensar la reina Victoria si pudiera ver aquella escena, a los profanadores de la memoria de su amado esposo, en cuyo recuerdo levantó el templo de la música londinense?

—Necesitarán años para limpiar la ciudad de cadáveres —dije.

—Tienen tiempo —Carter se agachó y recogió un papel lleno de colorines del suelo. Después de leerlo y soltar una exclamación, me lo pasó.

Cuando lo leí, sentí que mi rabia aumentaba. Estaba escrito en inglés y en ruso y en él se ofrecía a la gente atractivos viajes

turísticos a Londres, París, Roma, Berlín y otras capitales fantasmas europeas por módicos precios, haciendo hincapié que ahora era el momento de saborear un ambiente inédito.

—Es reciente —casi grité con rabia.

—Sí —asintió Carter—. Los primeros turistas están llegando. Seguramente que al principio será gente que habrá aplaudido la gesta, pero más tarde llegarán incluso los que se hayan atrevido a protestar. Al fin y al cabo el morbo que llevamos dentro cada uno es demasiado grande.

Me fijé al final del prospecto. Se hacía una recomendación, después de la tarifa de precios, a los posibles clientes. Se les advertía que la apropiación de recuerdos o el robo serían penados severamente. Sólo ver y nada de tocar. Además, se les garantizaba la total inmunidad contra las radiaciones, ya que los organizadores de los vuelos chárter poseían todas las seguridades de los gobiernos aliados de que sus vidas no iban a correr ningún peligro.

Era nauseabundo. Tiré lejos el papel.

Antes de llegar a los jardines Kensington me quedé petrificado al verlo cruzar por Alexandra Gate por un autobús enorme y brillante cargado de turistas. Posiblemente el guía les estaba diciendo que después de haber contemplado algunas calles con restos de cadáveres, iban a gozar del espectáculo inédito de un Londres sin agobio de tráfico ni contaminación producida por los escapes de los coches, y podía añadir como chiste que todo había sido gracias a una polución rápida y extendida a tiempo para que no fuera preciso que todo el mundo acabara algún día padeciendo hambre y viviendo en cavernas.

—Ahora son pocos, pero esto se llenará de gente, sobre todo cuando los organizadores reciban los permisos para dar rienda suelta a sus clientes, una vez que se haya limpiado todo de riquezas y sólo puedan robar perchas y toallas para llevárselas como *souvenirs*.

Al comentario de Carter, dije:

—Y pronto podrá leerse: Pase unas fabulosas y baratísimas vacaciones en Saint Tropez o en Marbella, en playas escasamente visitadas. Sólo tendrá el inconveniente de prepararse usted mismo la comida y hacerse su propia cama, ya que, como comprenderá, el servicio es escaso.

—Dejémonos de sarcasmos y pensemos lo que podemos hacer —

dijo Carter muy serio.

Lo miré fijamente.

—Yo sé lo que podría hacer —dije—. Me gustaría liarme a tiros contra esos enterradores, contra los cuervos que han venido a comer de nuestros despojos.

—Para eso siempre hay tiempo. Estoy pensando que tal vez no liquiden a los supervivientes.

—No sabría convivir con ellos...

—Pues tendrías que aguantarte, sólo el tiempo suficiente para que no lleguen a sospechar nada. Luego podríamos hacerles mucho daño.

—Nunca sería tanto como el que nos han hecho.

Carter meneó la cabeza y dijo:

—Sigamos. ¿No querías ir a casa de tu Sharon?

—Sí.

Nos llevó todo el día llegar a Shuterland Avenue, pero la caída de la noche nos ayudó. Al oscurecer se encendieron las luces de las calles, al menos las de un lado de cada acera. Al parecer, los nuevos dueños de Londres llevaban ensayando hacía tiempo para volver a poner en marcha las centrales eléctricas.

También dejaron de trabajar las brigadas de enterradores y todo quedó sumido en una quietud sobrecogedora. El olor a muerte era fuerte en aquel barrio, el de Sharon. Sólo los productos arrojados en las calles lo amortiguaban un poco. Por allí todavía no habían pasado los camiones y había cadáveres por todas partes, la mayoría cubiertos por una capa blanquecina que los convertía en piel reseca, dándoles apariencia de grotescos muñecos de cartón.

En la mirada de Carter podía leer que él consideraba mi deseo de peregrinar hasta el apartamento de Sharon como una tontería. Yo también lo creía, pero ya estábamos cerca y resultaba una pérdida de tiempo volvernos atrás. Además, ¿adónde ir? Aunque teníamos hambre y sed, todavía podíamos esperar un poco. Luego nos ocuparíamos de buscar un refugio. Cada noche tendría que ser distinto.

La casa de Sharon, desde el otro lado de la acera, sumida en la oscuridad porque muchas luces no se habían encendido, me pareció tenebrosa. Busqué su ventana y por un momento creí haber visto una luz dentro. Cerré los ojos. Mi estado de nervios, la sensación cada vez más profunda de estar viviendo una pesadilla, me había jugado una

mala pasada.

—Si el piso está limpio, podría servirnos para dormir esta noche —dije a Carter, como para justificar nuestra presencia allí—. Cerca hay un supermercado y supongo que algunos alimentos estarán comestibles.

—Sobre todo los que hayan estado encerrados en cámaras y los enlatados —respondió mi compañero.

No había corriente eléctrica y subimos las escaleras. En el tercer piso, delante de la puerta del apartamento de Sharon, tuve una vacilación. Mi mano fue al timbre, como lo había hecho muchas veces cuando iba allí en busca de mi chica.

De repente, una luz surgió de la oscuridad, cuando la puerta fue abierta desde dentro, y me invitó a pasar:

—Buenas noches. No se queden en el descansillo.

Creí desmayarme, porque me pareció que la voz era de Sharon.

* * *

Sharon estaba allí, bonita para mí, aunque tuviera profundas ojeras y la ausencia de maquillaje le diese una palidez a su rostro, sobre todo porque estaba acentuada por la luz triste de una lámpara de gas que alguien detrás de ella sostenía en la mano.

Cuando Sharon vio a Carter me pareció que palidecía todavía más. La tranquilicé y expliqué rápidamente cómo me había salvado yo, sobre todo por la ayuda de quien fue nuestro enemigo antes del día catorce. Se lo dije mientras miraba al hombre que sostenía la lámpara y permanecía silencioso a nuestro encuentro.

—¿Quién es? —preguntó Carter cerrando la puerta tras de sí.

—El profesor Grove —dijo ella.

En seguida recordé que Grove renunció voluntariamente a trabajar para el gobierno. Aunque la prensa lo silenció, se rumoreó entonces que él no estaba conforme con ciertos proyectos. Tal vez era el que se había convertido en realidad el fatídico día catorce.

—Sé quién es —dijo Carter, mientras echaba un vistazo al apartamento—. ¿No hay nadie más con ustedes?

Inmediatamente pensé en Peggy, en Basil e incluso en Jess Rhodes, pero a este último preferí que ahora estuviera en la calle

convertido en un cadáver acartonado o yaciendo ya en una profunda fosa común si los enterradores lo habían visto.

Nos sentamos. Vi que las cortinas estaban corridas para impedir que la luz se viera desde la calle. Cuando Sharon explicó que ella se había asomado a una ventana y visto que dos personas miraban hacia la casa, comprendí que mi imaginación no me había hecho creer que había luz.

—Creí que eras tú, pero no estaba segura a causa de la oscuridad. Al verte a través del ojo de la puerta, creí que no era posible —me tomó de las manos y yo sentí deseos de besarla, pero me lo impidió la presencia de Carter y de Grove. Sharon sonrió—: Ahora todo me parece menos trágico.

Contó que ella, después de haber sido advertida por Jess de que junto a Peggy debía abandonar mi ático, se escondió en un pequeño hotelito. Desde allí, por mediación de Peggy, se puso en contacto con el profesor Grove, confiando en que ésta pudiera ayudarlas todavía a alertar al mundo, ya que Basil había sido detenido por la policía antes de que se pusiera delante del micrófono de su emisora.

Tuvieron que ir hasta las afueras de Londres donde Grove vivía retirado en una pequeña casita. Allí le contaron todo y él intentó establecer contacto con algunos de sus colegas, pero el teléfono quedó sin línea y el día catorce se aproximaba inexorablemente. Grove disponía de un refugio antiatómico, construido en los años sesenta, cuando la guerra fría.

—No estaba muy acondicionado, pero nos sirvió —dijo Grove. Era un viejo de cara arrugada, que hacía tiempo que había perdido las ganas de sonreír y ahora parecía más patético que nunca—. Allí permanecimos unas semanas, hasta que me aseguré de la inexistencia de radiactividad en el exterior. Llegamos a Londres desde el norte y Sharon me dijo que podíamos escondernos en este apartamento.

—¿Rodeados de cadáveres? —pregunté.

—Estos desdichados nos avisarían de la llegada de los enterradores. Tenemos previsto largarnos apenas aparezcan por el barrio. Entonces nos hubiéramos marchado a una zona limpia —el rostro del viejo profesor se ensombreció—. Una vez pensamos entregarnos, pero vimos desde lejos lo que ocurrió a un grupo. Primero fue visto por una brigada de limpieza, la cual llamó a una patrulla de soldados. Allí mismo los ametrallaron.

CAPÍTULO IX

Pese a que se dio por descontado que yo debía compartir el dormitorio de Sharon, cuando caí en la cama me quedé profundamente dormido y creo que soñé cosas extrañas, confundiéndolo todo. A veces pensaba que estaba otra vez en el sanatorio y los médicos me atormentaban con sus potingues y voces susurrantes, insinuándome amenazas si no me comportaba como un chico obediente.

Por la mañana me disculpé ante Sharon y ella me miró como preguntándome por qué debía hacerlo. Tal vez lo comprendiese todo.

Entonces, mientras me daba una ducha, me interesé por Peggy, extrañándome de que ella no me lo hubiera dicho la noche anterior.

—Se marchó hace dos días con Basil. Ambos estuvieron aquí hasta entonces.

—¿Por qué?

—Basil tenía a sus padres en Edimburgo y Peggy algún familiar en un pueblecito cercano. Los dos no podían soportar más días en Londres y se marcharon, aunque Grove y yo intentamos disuadirles.

Sharon se marchó a preparar el desayuno. En el saloncito charlaban en voz baja Carter y el profesor Grove. No pude enterarme de nada y acabé de afeitarme.

Me acerqué a la ventana y levanté un poco la cortina. La calle estaba solitaria. Los servicios de limpieza aún tardarían en aparecer por allí.

Me senté en una silla y me quedé observando por la rendija. La calle y los muertos que en ella había me obsesionaban, mientras pensaba que era increíble que Sharon y mis otros amigos siguieran vivos. Me resistía a creer que ellos fueran los afortunados entre millones de seres. Me dije que era un cretino. ¿Acaso no debía alegrarme?

Encendí un cigarrillo y me levanté de la silla cuando llegó a mi olfato el agradable olor a café recién hecho.

Carter tenía mejor aspecto y con la luz del día, ya que habíamos corrido las cortinas, el profesor no parecía tan tétrico. Mientras desayunábamos, Dan dijo sin dejar de untar mantequilla en una tostada:

—Grove tiene algo que decirte, Abe.

Miré al profesor, quien con los ojos clavados en la taza de humeante té que tenía delante, dijo:

—El señor Carter y yo nos levantamos temprano y hemos estado charlando largo rato —alzó la cabeza y casi imploró a Dan—: ¿Por qué no se lo cuenta usted?

—Está bien —asintió Dan—. Sharon, Abe, el profesor me ha explicado que existe cerca de Manchester un lugar al que él puede llegar, una base secreta del ejército británico. Fue construida a finales de los setenta y dotada de cientos de misiles de neutrones que sospecha no han sido desactivados.

—¿Qué pretendes? —pregunté, dejando de beber el café.

—Devolverles lo que nos han hecho, sencillamente —dijo Carter.

—Es posible disparar los misiles —intervino Grove—. Allí no habrá nadie, seguro. Los soldados que tenía como guarnición habrán muerto porque sus cuarteles no disponían de protección, ya que todo estaba previsto externamente para no infundir sospechas. Se trata de unos cientos de misiles convencionales de neutrones, no de la misma clase que han caído sobre la mayor parte del mundo. El gobierno de entonces los construyó sin que los yanquis o rusos sospechasen nada. Creo que incluso el gobierno que escapó de aquí se lo silenció para no ofender a sus anfitriones del otro lado del Atlántico.

—¿A qué lugares apuntan?

—Precisamente a los que usted quiere, amigo —sonrió Grove.

El viejo debió leer en mis ojos. Si llovían sobre la costa este de Estados Unidos y Moscú, Leningrado y otras ciudades rusas sería algo que me reconfortaría muchísimo.

Sharon nos escuchaba en silencio, pero en su cara no había sorpresa. Debía saber lo que yo me estaba enterando desde hacía días. Y la idea parecía ser de su agrado.

—¿Usted sería capaz de ponerlos en funcionamiento? —dije.

—Sí. En pocas horas.

—No será fácil llegar hasta allí.

—Ya nada es fácil, señor Shapiro —sonrió tristemente—. Decídase pronto. No disponemos de mucho tiempo. Cada día que pasa hay más gente y más vigilancia. El viaje será largo y peligroso. Tendremos que avanzar de noche y dormir de día, para evitar ser descubiertos por los helicópteros que patrullan en busca de

supervivientes.

—¿Qué tenemos que perder? —dije—. Si nos pescan, nos matarán. No quieren testigos que les puedan avivar los remordimientos de conciencia, si es que la tienen.

Fue fácil llegar a un acuerdo. Aquella misma mañana preparamos todo. Carter salió en busca de un vehículo y volvió con un potente *Rolls Royce*, bien lleno el depósito y el maletero cargado de latas de gasolina.

Durante todo el día nos dedicamos febrilmente a preparar comida para el viaje. En otra salida, Carter volvió con armas, varias ametralladoras y mucha munición, diciendo mientras yo le ayudaba a ponerlas dentro del coche:

—Espero que no tengamos que usarlas, pero si no hay más remedio, esos bastardos sabrán lo que es bueno. A mí no me fusilan sin que antes me lleve por delante a unos pocos.

En aquel momento llegó Sharon y yo sentí una pena infinita porque nuestro futuro estaba limitado. Parecía cerrarse ante nuestras vidas al llegar a la base secreta.

Sharon se puso al volante y escuchó las instrucciones de Carter. Mientras estuviéramos en la ciudad conduciría despacio y se detendría ante el más mínimo indicio de que pudieran vernos. Nadie se ocupaba por el momento de los muchos coches en las calles, mientras no obstaculizaran la escasa circulación de los camiones de los enterradores o de los pocos autobuses de turistas.

El profesor se acomodó en los asientos traseros, entre cajas de cartón de comida. Yo iba a subir cuando creí oír un ruido al final de la calle, donde comenzaba la avenida Sutherland. Llevaba encima la pistola y una ametralladora colgaba del hombro. Hice una señal a Carter para que me esperase mientras empezaba a caminar hacia la esquina.

Antes de llegar a ella ya sabía que el ruido era el del motor de un camión. Me asomé y apreté los dientes al ver a los hombres de mono azul que avanzaban delante de un vehículo que con su pala mecánica recogía cuerpos de la avenida.

Iba a volver para decir a mis amigos que debíamos largarnos cuanto antes de allí. El motor del *Rolls Royce* no sería escuchado por los enterradores, debido al fragor de su pala mecánica. Entonces ocurrió lo imprevisto. A Sharon no se le había ocurrido otra cosa más

nefasta para nosotros que dar marcha atrás. Cuando la parte trasera del enorme coche apareció por la esquina, cerca de mi escondite, los enterradores se quedaron quietos y nos señalaron con sus manos protegidas por guantes.

Carter saltó del coche y se reunió conmigo.

Los enterradores se aproximaron a nosotros. Llevaban armas y empezaron a empuñarlas. Debían estar bien instruidos por los militares o ellos mismos eran soldados dedicados a una empresa de saneamiento bien remunerada.

Monté la metralleta y apreté con rabia el gatillo, al tiempo que Carter me gritaba que subiera al coche. Pero ya era tarde y él agitó el brazo para que Sharon se alejase de allí, buscando la protección de la calle.

Fue fácil barrer a los enterradores. Creo que jamás pensaron que iban a ser atacados, sino que nosotros les íbamos a servir de ejercicio de tiro.

Pero algunos lograron escapar, parapetarse detrás de la pala mecánica que permanecía oscilando con su carga fúnebre.

Incluso Carter perdió la serenidad y se dejó llevar por su ímpetu, sofocar sus deseos de venganza. Agotó el cargador de su metralleta y mecánicamente introdujo otro y también lo vació.

Pensé entonces que habíamos conseguido un respiro y podíamos largarnos, pero escuché el rugido de motores que procedía del otro lado de la avenida y al volver la cabeza comprobé que ahora no se trataba de enterradores sólo armados con fusiles, sino un grupo de camiones del ejército atestado de soldados.

Antes de que pudiese reaccionar desde el primer camión dispararon la ametralladora montada y el reguero de plomo describió un zigzagueante camino hacia nosotros. Carter saltó hacia atrás, pero yo me entretuve más de la cuenta y de pronto sentí un golpe en mi pierna derecha y a continuación un dolor frío que me alcanzaba hasta la cintura.

Caí de rodillas y gemí de dolor. Carter se volvió y me agarró por las axilas, arrastrándome hacia la calle. El *Rolls Royce* estaba ahora a unos cincuenta metros y vi la cabeza de Sharon asomarse por la ventanilla derecha. Podía presumir que ella me observaba angustiada.

—Te sacaremos de aquí —dijo Carter—. Diré a Sharon que traiga

el coche…

—¡No! —grité, mientras la sangre corría por mi pierna, sentí el suave placer de sentirme héroe—. Si alguien no los detiene todo será inútil. Déjame que los entretenga.

—¿Estás loco? No tendrás ninguna oportunidad.

—¿Acaso la tendría yéndome con vosotros? —intenté sonreír. Coloqué otro cargador y atisbé por la esquina. Los soldados se habían detenido y, después de bajar de los camiones, se desplegaban por la avenida. Ellos no podían saber cuántos éramos ni cuáles eran nuestras intenciones. De ningún modo podían adivinar que pretendíamos escapar, llegar hasta Manchester y desde allí hacerles probar su misma medicina.

Claro que debía rectificar. Yo no sería quien llegara hasta la base.

—¿Siempre has soñado con tener una muerte heroica? —me preguntó Carter esbozando una sonrisa que pretendía ser burlona.

—En tal caso debería decir que venderé cara mi vida, ¿no?

—Sharon no querrá. Preferirá quedarse contigo.

—Golpéala si es preciso. También se suele hacer en las películas cuando el héroe decide sacrificar su vida por sus compañeros.

—No es el final previsto para ti, amigo.

De pronto vi el rostro de Carter como lo recordaba mientras mi puño se dirigía hacia su cara, allá en el apartamento de Sharon hacía mil años. Por un momento dejó de serme simpático y casi le odié de nuevo, pero pasó pronto mi pensamiento extraño y le tendí la mano para que me la estrechara. También lo había visto hacer a los actores de las películas.

—¿Cuál debía ser mi fin? —pregunté, tomando puntería para abatir el mayor número de soldados.

—Has modificado las circunstancias. No sé en qué acabará todo.

—Pues vete de una vez y que el profesor Grove fría a quienes nos han fastidiado.

—¿Quieres algo para Sharon?

Disparé. Reí cuando los soldados caían y pataleaban en el suelo.

—Sólo le estrechas la mano. No te se ocurra darle un beso. Ah, será mejor que tú conduzcas. Ella es un desastre.

Después de volverse para mirar el coche, Carter me dijo antes de irse:

—No te preocupes. ¿Qué tal conduce Jess Rhodes?

Fruncí el ceño, porque no me gustaba que me mentaran a aquel sinvergüenza y también porque además de la pierna me dolían los brazos.

—Debo reconocer que muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

Carter no me contestó en seguida. Me volví. A mi alrededor silbaban las balas. Lo vi cerca del coche. Desde allí se volvió y haciendo bocina con las manos me gritó:

—Porque será Jesse quien conducirá. Ah, lo siento, pero Sharon no ha soltado una lágrima por ti.

—¡Asqueroso de mierda!

El coche arrancó y se perdió en el próximo cruce de calles. Mientras, por la avenida avanzaban hacia mí cientos de soldados, disparando ráfagas y lanzándome proyectiles de bazuca.

Grité y pataleé.

Ya no me dolía la pierna, sino el amor propio. El enfermero me zarandeó y me dijo:

—Vamos, señor Shapiro, levántese. ¿Es que no me ha oído? Debe marcharse.

CAPÍTULO X

Fueron muy amables conmigo. Aunque algunas veces yo los llamaba lo peor que se me ocurría, ellos no se ofendieron, no dejaron de sonreírme y me acompañaron hasta la salita del sanatorio asegurándome que las pesadillas dejarían de atormentarme tan pronto como me encontrase en mi casa.

Me fijé en la puerta. No era de acero, sino de madera pintada. Al girar la cabeza vi a Dan Carter. Se estaba poniendo su gabardina y al notar mi presencia se me acercó con una sonrisa de gato hambriento en sus labios, de los que colgaba una pipa apagada.

Con el fornido enfermero como testigo, me dijo:

—Ayer me informaron de que usted saldría hoy, señor Shapiro. He venido a esperarle.

—¿Para qué?

—Estamos algo apartados de Londres y puedo llevarle allí en mi coche.

Un par de médicos me habían extendido momentos antes un certificado en que hacían constar que mi salud mental era bastante aceptable. Pero del papel sólo me interesó la fecha. Estábamos a veintiuno. Habían pasado siete días del catorce. Para colmo, mi reloj señalaba las dos de la tarde.

—Es usted muy amable, señor Carter. —Sin saber por qué, de pronto no me resultó nauseabundo aquel tipo.

Salimos al jardín y nos dirigimos al coche negro aparcado en la zona acotada para tal fin. El cielo estaba limpio de nubes y dije de pronto:

—¿No deberíamos ponernos los trajes bañados de plomo?

Carter se quedó quieto en su gesto de abrir la puerta. Se volvió para mirarme con el ceño fruncido. Resopló y se volvió para invitarme a entrar. Lo hice por la parte izquierda y él dio la vuelta y se acomodó ante el volante.

—Hablé con los médicos antes de que usted saliera de su sueño, Shapiro.

Íbamos bien, pensé. Ya había prescindido de llamarme señor. Tal vez antes de entrar en Londres me llamaría Abe. ¿Por qué no?

—¿Qué le dijeron?

El coche arrancó y dejaron atrás los jardines del sanatorio. Por el espejo retrovisor vi que tenía cuatro plantas. Sería difícil que dispusiera el edificio de tantos subterráneos como creí verlos en mis pesadillas.

—Durante la semana que ha permanecido usted bajo tratamiento se han esforzado por quitarle de la cabeza sus manías.

—¿Están seguros de haberlo conseguido?

—Claro que sí. Estamos a veintiuno, ¿no?

—¿No me guarda rencor?

—No. Ya ha desaparecido el moretón de mi cara.

—Sería terrible que al final acabáramos como amigos.

—Lo dudo. Yo espero que no volvamos a vernos… por su bien.

—Le creí un tipo frío y terrible.

—Tengo familia e hijos. No crea que siempre me gusta mi trabajo, pero la vida está cara y los puestos en una oficina no se hallan fácilmente.

—Supongo que pronto seré un visitante asiduo de la oficina de colocaciones.

—En el *Sun* le reservan su puesto.

—¿Cómo es posible?

—Agradézcaselo al Foreign Office.

—Quizá lo haya conseguido porque el redactor jefe y el director no estaban…

—Ellos cancelaron su vuelo. Al parecer iban a una convención periodística que se suspendió.

Cerré los ojos. Carter parecía estar cumpliendo la última parte de su trabajo: darme las explicaciones que borrarían de mi mente todas las sospechas. Pero aún conservaba algunas.

—¿Por qué siguió a Sharon aquella noche?

—Demonios, Shapiro; ella estuvo en Foreign Office sin ningún motivo que la justificara. Cuando lo averigüé la seguí. Si usted no hubiera intervenido todo se habría aclarado aquella noche.

La madeja se fue enredando, pero no desde que le noqueé, sino a partir de nuestra ridícula conversación en el pub.

—Al menos he sacado algo de provecho.

—¿Qué?

—Sabes que Rhodes, *mi viejo amigo,* es un hijo de mala madre. Me traicionó, por despecho porque Sharon se acostó conmigo y porque

quería subirse a un avión aunque fuera agarrado de la cola.

—¿No debería olvidarlo todo? Ayer hablé con Rhodes y me pidió que yo le dijera a usted que él estaba muy triste y deseaba pedirle perdón.

Al cabo de unos minutos respondí:

—Tal vez tenga razón.

Cuando recorríamos las calles de Londres, Carter me preguntó dónde quería quedarme, y entonces, para no dar una imagen de resentido, dije:

—Usted debería saberlo, ¿no?

—Ah, sí. ¿Allí también acabaron sus pesadillas matando soldados?

Pegué un respingo en el asiento. Carter apretó los labios y simuló poner atención al volante.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted hablaba en voz alta. Ha debido padecer una pesadilla muy real. Al final vivió en sueños lo que temía sufrir en la realidad. Quizá cuando pase algún tiempo nos reunamos y me cuente lo que pasaría en Inglaterra si ocurriera semejante barbaridad.

Me pasé la mano derecha por la cara. De pronto volvía a sudar. Durante toda mi larga pesadilla, con sus días y noches, había intentado despertar, sin conseguirlo. Había sido un sueño tan real que podía jurar que no fue producto de mi subconsciente. Cuando uno sueña empieza a olvidarlo todo a los pocos minutos de despertar, pero yo seguía teniendo todo muy fresco en mi memoria.

El coche se detuvo en un semáforo y le confesé a Dan mis temores. El hombre se encogió de hombros y no se volvió para mirarme, pese a que todavía la gente cruzaba delante de nosotros por el paso de peatones. Sabía que no quería mirarme a los ojos y me daba a entender que estaba pendiente del cambio de luces.

—Sin embargo, usted dominaba en su sueño, amigo Shapiro.

Ya me llamaba amigo. Sonreí tristemente.

—¿Cómo lo dominaba?

—Pensaba en sus amigos y éstos aparecían en seguida. ¿No le indica esto que era un verdadero sueño?

—Pero Jess Rhodes no intervino...

—Porque usted lo rechazó. Estaba resentido hacia él y no le permitió intervenir en su aventura.

Arrancó el coche musité:

—O tal vez no fue un sueño de total creación mía.

—¿Qué dice?

Yo había hablado en voz baja y Carter no entendió del todo. Me apresuré a decir:

—Oh, nada. Una tontería. —Miré por la ventanilla—. Hemos llegado.

Bajé y metí la mano para estrecharle a Dan la suya.

—Gracias —dije.

—Deje de leer novelas baratas de espías. Ya ve que no somos tan tenebrosos como se imaginó.

—Ahora lo sé. Le prometo que cuando pase algún tiempo le buscaré para que nos tomemos unas copas.

—Estupendo. Ya sabe dónde encontrarme. De todas formas, puede avisarme a través de la señorita Seeley. Déle recuerdos de mi parte. Confío en que ella ya me habrá disculpado por lo de aquella condenada noche.

—Seguro que lo habrá hecho. Aunque...

—¿Qué iba a decirme?

—Voy a pedir a Sharon que cambie de empleo.

—Como quiera —rió Carter antes de arrancar y alejarse por la calle en dirección a la avenida próxima—. Adiós, Abe.

Me quedé un instante estudiando cuanto me rodeaba. Como había predicho, Carter terminó llamándome por mi nombre. Me volví y miré hacia las ventanas de Sharon. Los visillos estaban corridos. Ella debía estar allí. Ya era hora de que hubiese salido del trabajo.

En mi sueño yo había peleado como un auténtico héroe de película de aventuras en aquella calle, haciendo frente a un pelotón de soldados armados hasta los dientes. Incluso llegué al sacrificio para que mis compañeros escaparan y el profesor Grove llegase hasta la olvidada base secreta para disparar los misiles que nos vengarían.

Antes de entrar en el edificio me acerqué a un puesto de prensa y tomé el *Sun.* En un pequeño recuadro de la primera página leí que el profesor Grove había muerto el día anterior en su casa de campo, a la edad de setenta y dos años, víctima de un ataque al corazón. La nota terminaba diciendo que Grove había trabajado durante muchos años para el gobierno, de cuyo puesto, muy importante, había sido relevado a causa de su precaria salud.

Me quedé anonadado, arrugué el periódico antes de arrojarlo a una papelera.

Los malditos sueños.

¿Por qué había participado Grove en ellos? Carter me dijo que yo los había manipulado según los impulsos de mi subconsciente, pero no podía estar de acuerdo. Tal vez mandé en mis pesadillas, pero sólo a partir de nuestra llegada a Londres, desde el momento en que exigí ir a casa de Sharon, porque quería verla, pese a que Carter me insinuó repetidas veces que ella no podía seguir con vida. Antes de esto todo sucedió en contra de mi voluntad, como si cada paso que diese fuese impuesto, obligado a seguir unas pautas severamente establecidas.

Antes de perder la noción de la realidad, los médicos saturaron mi organismo de drogas y calmantes. ¿Por qué no fue todo el resultado de un lavado de cerebro? Seguía recordando las luces violentas, las frases susurradas en mis oídos, una y otra vez.

Mis manos empezaron a sudar cuando entré en la casa y empecé a subir las escaleras, rechazando el ascensor, sin saber el motivo. Antes de que llegase a tocar el timbre, la puerta se abrió y Sharon apareció al otro lado, más hermosa y atractiva que nunca, sonriéndome.

Se echó en mis brazos y yo me hice el firme propósito de olvidarlo todo, pesadilla impuesta o no.

Sólo al cabo de un rato le dije, mientras ella seguía abrazada a mí y los dos permanecíamos en la cama:

—¿Te molestaron mucho?

—Apenas. Sólo me llamaron dos veces para interrogarme.

—¿Supiste siempre dónde estaba yo?

—En un sanatorio, según me dijeron; pero no quisieron revelarme su situación porque me aseguraron que era mejor para ti que no me vieras. Cariño...

—¿Sí?

—Aunque trataron de darme toda clase de garantías de que saldrías hoy, me juré a mí misma que si no te veía esta tarde iba a plantarme en Hyde Park Comer para gritar a cuantos quisieran oírme que el gobierno te había secuestrado —sonrió—. Afortunadamente, todas nuestras sospechas eran infundadas. Me alegro.

—Yo también —dije con poca convicción.

—Mañana no tengo que trabajar, ni pasado. Dispongo de una semana de vacaciones.

De pronto tuve una idea.

—Esta noche llamaré a la redacción para decirles que estoy en la calle. Me deben unos días de descanso y se los pediré. Tú y yo podríamos ir a Europa unos días, por ejemplo a París.

—¿Un fin de semana?

—Claro. A la vuelta, si sigues tan loca, nos casaremos.

* * *

A la mañana siguiente salimos para hacer las reservas. Cuando insinué que debíamos ir a la agencia de viajes donde trabajaba Jess, noté en Sharon una seriedad súbita. Le dije para tranquilizarla:

—No te preocupes —sonreí—. He decidido olvidarme de todo y darle un apretón de manos.

—Eso está mejor.

—Es lógico. Ninguno de nosotros reaccionamos con sensatez. ¿Por qué debo exigir a ése un comportamiento mejor que el mío?

Cuando poco más tarde empujamos la puerta de las oficinas de la agencia. Jess surgió del mostrador y se nos quedó mirando. Al principio su rostro estaba lleno de temor y empezó a sonreír con turbación.

—Hola, Jess —salude tendiéndole la mano.

Me la estrechó con poca fuerza, pero era bastante a mi entender dadas las circunstancias. Miró a Sharon y trató de no perder la compostura. Le dije lo que nos proponíamos hacer y le pareció buena la idea. Creo que era sincero. Al final había admitido que era el perdedor de la partida.

—Supongo que no habrá problemas para las reservas —dije irónicamente.

—Oh, no —rió él—. La gente entra y sale de Inglaterra con facilidad. Al parecer todo el follón de las anulaciones se debió a una seria avería en el ordenador central. Ya sabes que el primer ministro volvió antes que la familia real, y ese grupo rockero también tiene anunciada su gira por las islas para la semana próxima. Fuimos un poco tontos, ¿no?

—Sí, desde luego. —No había mucha gente en la agencia y los demás empleados estaban muy ocupados con sus papeles.

Sharon estaba muy cerca de mí y ella y yo mirábamos a Jess mientras rellenaba en un formulario nuestros datos. De pronto él levantó la cabeza, miró de reojo a ambos lados, luego a nosotros y dijo dificultosamente, intentando mover los labios:

—Sin embargo...

—¿Qué pasa ahora? —pregunté también con voz queda.

Alzó la cabeza y susurró:

—¿No os parece que todo haya sido un simulacro para cuando intenten hacerlo de verdad?

Mi primera intención fue darle puñetazos, pero dejé que pasaran unos segundos, los precisos para que la incertidumbre llegase a germinar en mi mente y de pronto no me parecieran nada disparatadas sus palabras.

¿Por qué no?

FIN